

# CATALUÑA

## REVISTA SEMANAL

### DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Calle de Muntaner, 22, bajos

De los artículos firmados son responsables sus autores

No se devuelven los originales

### — PRINCIPALES COLABORADORES —

R. Rucabado.—Carlos Jordá.—José M. Tallada.—F. Sans y Buigas.—J. M. López Picó.—F. de Sagarra.—Eladio Homs.—J. Martí y Sábata.—J. Farrán y Mayoral.—Manuel Reventós.—Emilio Vallés.—J. Garriga Masó.—Ernesto Homs.—María C. Torner.—  
♦ ♦ ♦ ♦ Eugenio d'Ors ♦ ♦ ♦ ♦

### SUSCRIPCIÓN

España . . . . . 3 pesetas trimestre  
Europa . . . . . 3 francos  
Número suelto . . . . . 25 céntimos

### — PAGO ANTICIPADO —

Año VI

Barcelona 10 de febrero de 1912

Núm. 227

### SUMARIO

**Reforma espiritual**, por R. R.

**La moral pública**, por ARTURO VINARNELL ROIG.

*El Teatro.—El Cinematógrafo.—La escuela y la familia.—La defensa social y los partidos.*

**La Cuestión del Cinematógrafo y la de la Moral de la calle.—Nuestra información.**—(Conclusión).

Cuestiones de

C. Montoliu.

J. M. López Picó.

Manuel Ainaud.

Pablo Vila.

Fernando de Sagarra.

D. Corominas Prats.

Marcelino Domingo.

Mercedes Tapís de Furest.

María Carbonell Sánchez

José Pijoán.

J. Bosacoma y Pou.

Luis Zulueta \*.

Luis Carreras \*.

José M. Baranera.

Bernabé Martí y Bofarull.

L. Figueras Dotti.

Mercedes Padrós.

Elvira Casablanca.

L. Jori.

Carmen Serra de Montaner.

P. Fco. de Barbens \*.

### Apéndice:

**Ortopedia Moral**, por JUAN MONEVA Y PUJOL.

## Curso Miguel Angel en Barcelona

Repetición del Curso de Tarrasa

Conferencias cada domingo por el profesor

**D. José Leonart**

Local del «Orfeo Catalá»

## Reforma espiritual

Hubo un tiempo en que el uso y la defensa de la Moral era patrimonio exclusivo de algunos espíritus estrechos y desabridos. Aquellos eran los tiempos definitivamente caricaturizados con la heráldica burlesca de las gafas negras y la hoja de parra. El moralista que todos imaginaban, vestido de negro, viejo, de rostro enjuto, afilada nariz, ojos escrutadores y además a la vez policíaco y sermoneador, tal como algunas veces aparece todavía en los dibujos del *Simplificissimus*, ha dejado ya de existir. La palabra *moralista* llegó a evocar, por influjo de aquél, antipáticos ecos. Evocaba una literatura monótona, seca, limitadísima, de «padres-de-familia», «multas gubernativas», «denuncias», de la cual no había medio de salir. La Moral era negocio que interesaba a bien poca gente. Del desprestigio que la Moral padeció en ese largo y helado período, sufrimos todavía hoy no pocas consecuencias. Gran número de gentes cotizan todavía muy bajo este valor humano. Otras, más numerosas de lo que se cree, tienen de ella un concepto superficial, externo, literal, *legal*, por decirlo más gráficamente; todo lo cual es necesariamente vano é ineficaz. Generalmente les distinguiréis por una frase que es la síntesis de su ideología: «*¡que se cumplan las leyes!*»

El renacimiento espiritual de Cataluña debía fatalmente llevar consigo, en una superior etapa, palpaciones de reforma moral. La Moral, el olvidado código, mohoso y polvoriento, que los dómines de negras gafas leían sentenciosa y autoritariamente como el Corán los musulmanes, podemos ya tentar de convertirlo en un elegante manual de bolsillo, clara y bellamente impreso, traducido al lenguaje moderno, para ser llevado siempre encima, consultado a todas horas y siempre hojeado con deleite. La Ética florece en nuestros días con inusitada lozanía. Sus cuestiones van penetrando en la atención pública y apoderándose de ella; la resolución de sus problemas va cobrando cada día mayor interés en los más diversos medios sociales. No son los viejos huraños y gruñones los usureros de la Moral,

sino los jóvenes en pleno desarrollo, sus paladines. No desdeñan hablar y apasionarse por la Moral no ya el sacerdote y el pedagogo, sino el literato, el artista, el periodista, el político, el profesor de universidad, el comerciante. Ni desdeñan reivindicar, redimiéndola, la profesión de *moralista*, el juvenísimo y brillante poeta, el cultísimo y modernísimo filósofo, quienes subordinan a la Moral todas las libérrimas actividades espirituales que más estiman, y de este voluntario sacrificio responden con su propia ejemplar vida.

Hoy la Moral ha sido redimida y elevada y rejuvenecida y embellecida. Y eso que lejos de hacerse más elástica y acomodaticia que antes, se ha vuelto mucho más grave, exigente é imperiosa. Esta maravillosa transformación se debe á que han sido los más enamorados cultivadores del intelecto, no ya sólo los propagandistas, sino los precursores de la reforma espiritual. ¡Quién se atrevería á simbolizar sin escarnio á la justicia, nuestra Moral en una repulgada dueña, como antes! Nosotros no sabríamos imaginarla sino con la pujanza, la juventud y la serena y divinal belleza de la propia Minerva. Crece, efectivamente, el prestigio de la Moral entre nosotros, á medida que los maestros de nuestro pensamiento nacional van descubriendo las leyes de *armonía* que unen por la base todos los valores humanos; á medida que el mundo va apareciendo ante nuestros ojos como un todo maravillosamente armónico, equilibrado, trabado y estrechamente enlazado en todos sus elementos, y vivificado, saturado y movido por una Idea, por un Espíritu; á medida que del campo intelectual se nos van descubriendo los fundamentos de granito que la Moral tiene en la Biología y en la Teología. ¡Qué radical diferencia entre la Moral arbitraria, imperativa, *porque sí*, ó apoyada no menos arbitrariamente en la tradición *porque sí*, que se nos había predicado en la escuela antigua, y la Moral que nos han hecho profundamente sentir en el fondo de nuestros corazones, como ley armónica de estabilidad vital, las concepciones platónico-cristiana de Torras y Bages y sus discípulos, la panteísta-cristia-

na de Maragall y la científico-cristiana de Eugenio d'Ors!

Sin esta luz directora poco valdrían todas las cuestiones removidas y agitadas; sin la noción gravísima de la Responsabilidad que la *Moral según la armonía* emana, ¿en donde hallaríamos el esfuerzo motor de nuestras intervenciones? Problemas de ética política, de moral comercial, de hemofilia, de industrialismo del vicio, de moral del cinematógrafo, de moral de la calle; cuestiones de integridad sexual, de salvaguardia escolar, de moral de la familia, de intervención del maestro, de dignificación de la policía, de control y previa censura, de limpieza del lenguaje hablado, de extinción de la blasfemia; ¿no sentimos claramente enfocarse todo esto á un fin supremo: la formación de una Conciencia individual serena, firme y potente, que sea la columna ó pedestal en donde la Moral tome asiento y gobierne en cada uno de nosotros?

Nuestra actuación es colectiva, pero nuestra finalidad es individual: repítámoslo una vez más:

«Entidad, colectividad, ley, nación, municipio, opinión, campaña, información, procedimiento; el Intervencionismo verdaderamente espiritualizado no cifra en esto su fin, y sería insensato suponerlo, sino que se vale de todo esto como instrumento: el fin es el hombre, no puede ser otra cosa.»

No, nuestra Moral no es la de gafas negras y hojas de parra. Nuestros moralistas no responden al fúnebre tipo definido por la sátira y vivido todavía en ciertas gentes anacrónicas que pretenden en vano vivificar el extraño fantasma de una moral anti-intelectual, es decir, una moral sin cuerpo y sin razón, sostenida por la fuerza y derivada no de la tradición consciente, sino de la rutina. Nuestros moralistas tienden á abarcar toda la extensión del conocimiento y del sentimiento humano, y tanto más glorioso será el triunfo de nuestra Moral cuanto los pliegues victoriosos de su bandera imperial floten sobre más dilatados, numerosos y ricos dominios científicos, artísticos y sociales.

Además, la vivacidad de nuestra Moral es la *energía reformadora* que nos impulsa, como por una ley biológica. Y aquí se distingue radicalmente de la moral anticuada, que quiere obrar sólo por decretos, imponiendo la conducta á los demás é inhibiéndose de la personal reforma. Nuestra Moral es de guerra, de *batalla*, y la más decisiva y gloriosa y eficaz acción de sus luchas y sus campañas, será la conquista del castillo interior en que cada uno de nosotros almacena vicios, rutinas, flaquezas, cosas viejas y muertas, materia inerte.

R. R.

## LIBROS RAROS Ó PRECIOSOS

IMPRESOS Ó MANUSCRITOS

SE COMPRAN POR SU MAS ALTO VALOR

SALVADOR BABRA-Méndez Núñez, 11

# La Moral pública

**El Teatro.-El Cinematógrafo.-La escuela y la familia.-La defensa social y los partidos.**

(En torno de una información).

Problema y preocupación de todos los tiempos ha sido la cuestión de la moral pública. Los sociólogos y los pensadores más autorizados de todos los países han puesto á contribución su saber y su experiencia para llegar á una solución beneficiosa y práctica; pero el hecho de ir en aumento el mal es prueba evidente de que no se ha podido ó no se ha querido encontrar el remedio. Sin necesidad de entrar en disquisiciones ociosas sobre determinadas teorías relativamente á las causas productoras ó eficientes de ese mal social que lamentamos—la inmoralidad, la perversión y el vicio reinando en todas las esferas—forzoso es convenir en que hoy la llaga se extiende de una manera alarmante, llegando á tomar casi el cariz de una verdadera gangrena. TAINE, el gran filósofo y profundo observador, creo hallar el origen en la «influencia del medio». Acaso tenga razón; no vayamos á discutirlo. El hecho es brutal, incontestable. Jamás se había percatado la gente, como vemos hoy, de la gravedad de la situación, y esto sin mojigatería ni partidismo de ninguna clase. Ya nadie se recata de hablar de ello en todos los tonos. Y es que antes la política con sus hechos y personalismos enconados lo invadía todo, y el humo espeso de esos combates ocultaba el cieno de las calles, cuyas salpicaduras, sin embargo, rebotaban sin cesar y se introducían solapadamente en el seno de las familias pasando por encima de los combatientes, para quienes el peligro era inadvertido.

En estos últimos tiempos, algunos hombres honrados, de elevada inteligencia y voluntad generosa—yo no quiero citar ahora sino el senador Bérenger, en Francia, y el profesor Buylla, en España—han dado el grito de alarma, y han sido escuchados. Lo han sido, á despecho de una turbamulta infecta que ha tratado de ridiculizar sus nobles y fecundas iniciativas, zahiriéndolos y maltratándolos con diatribas de todo género, unos en nombre de una libertad primahermana de la licencia, otros en nombre de un arte y de una literatura cuyo principal incentivo es la sugestión hacia la obscenidad en todas sus manifestaciones. Dada esa voz de alerta, que no han podido ahogar las estentóreas protestas de los encubridores del vicio y de la inmoralidad descendida al arroyo, imponíase un movimiento reaccional en favor de la moral pública escarnecida. Ha sido, de un año acá, como un sacudimiento eléctrico ese fenómeno de repercusión que á la vez se ha experimentado en todas las naciones del mundo civilizado. En Alemania, en Inglaterra, en Francia, se han sucedido los Congresos para tratar de contener con sabias y prudentes medidas la marcha ascendente de la pornografía. La trata de blancas, es decir, la prostitución encubierta, los libros y publicaciones de carácter puramente sensual ó francamente lascivo, las tarjetas postales ilustradas abiertamente obscenas: de todo esto hase hablado con elocuencia en esas asambleas, y todos los gobiernos interesados, comprendiendo la trascendencia de esa obra de saneamiento y depuración social, han apoya-

do sus conclusiones... Pero ¿qué medidas eficaces han sido tomadas, hasta ahora, para oponerse á la invasión creciente de esa ola negra, terriblemente devastadora, que amenaza destruir por completo la pureza y el pudor de nuestras viejas costumbres públicas, base secular de la santidad de nuestros hogares, y prepara, con una generación enclenque y corrompida, la senilidad prematura y la muerte civil de nuestra raza en un porvenir no lejano?

Por mi parte, confieso que no las conozco, si es que en realidad han sido llevadas á la práctica. Todo ha sido platonismo puro. Los Gobiernos y los Parlamentos se han ceñido á lanzar grandes anatemas contra la literatura y las exhibiciones reconocidamente inmorales, pero no han sido dictadas aquellas disposiciones rigurosas indispensables para atajar radicalmente una infección que cada día se va haciendo más extensiva y más grave. El enfermo está ahí, de cuerpo presente, ofreciendo á la vista sus pústulas mal olientes; y el cirujano, con el instrumento salvador á su alcance, titubea y no se atreve á cortar por lo sano. ¿Será, tal vez que desconfía del éxito de su empresa? ¿O es, acaso, que carece del valor cívico necesario para arrostrar las interesadas injurias de los que, so pretexto de libertad, pudieran echarle en cara esa medida radical, como atentatoria al libre ejercicio de una profesión ó de una industria nacidas al amparo de la ley ó toleradas por tácito asentimiento público?

La explotación de la inmoralidad, que hubiera debido preocupar seriamente á todos los gobiernos, ha sido considerada siempre poco menos que como cosa insignificante, de consecuencias remotas ó anodinas, y de aquí la lenidad con que han fingido perseguirla los encargados de velar por el decoro público. Y como cada día el mercantilismo inventa nuevos incentivos para hacer más agradable y atrayente el vicio, valiéndose, al respecto de todos los refinamientos de la sugestión en sus formas más diversas, de aquí también que la sagacidad y el buen querer de los pocos que acaso hayan podido resolverse á iniciar una positiva campaña de persecución contra el mal que lamentamos, se estrellen ante dos factores cuyo predominio justifica plenamente la impunidad de que disfrutan cierta clase de hechos que, si legalmente no son tal vez delito punible, en cambio, en buena ética, constituyen la esencia misma de la materia penable, origen de perversión y prólogo de delincuencia; esos dos factores son: 1.º la ausencia de un texto jurídico que prevenga y, en su caso, castigue; 2.º la pasividad é indiferencia culpables con que la sociedad culta y aparentemente bien educada acepta el exhibicionismo moderno en materia de espectáculos públicos.

\*\*\*

Aquí está, por ejemplo, el teatro, sobre todo el teatro de los grandes centros de población como París, como Madrid, como Barcelona. Dejando aparte contadas excepciones, que no hacen sino confirmar la regla, el arte escénico ha dejado de ser escuela de buenas costumbres y regalo de nuestro espíritu, para convertirse en representación; más ó menos escuela de realidades malsanas y en excitante corrosivo de pasiones indigestas. El teatro es hoy, por lo general, y salvando

—como antes digo—honrosísimas excepciones, una explosión continuada de impúdicos efectismos, de atrevidos é inmorales conceptos, de situaciones escabrosas, en los cuales la indumentaria provocativa y aun á veces la danza sugestionante y el desnudo desempeñan el principal papel. La Duncan y la Badet dieron aquí en París el ejemplo. Y el afán de imitarlas ha sido luego como una mancha de aceite. El público se regodea con ello, el gusto se deprava y la curiosidad malsana es ya lo único que asegura los éxitos teatrales. Preguntad qué es lo que más gusta en la *Salomé* de Oscar Wilde, de ese refinado esteta que tanto ha influido en el execrable sensualismo de nuestra juventud extraviada y en la perversión sádica de muchos viejos ridiculamente viciosos, y unos y otros—que sólo van al espectáculo para recibir grandes sensaciones de plástica lasciva—os contestarán sin vacilar, con delectación afrodísíaca: el baile lúbrico de la famosa princesa ante el tetrarca, con todos los refinamientos orientales de su ritmo armonioso, de su desnudez palpitante y de su música embriagadora.

Cosa peor ocurre en otras esferas y en otros teatros, particularmente en los teatros conciertos. Ya en otra ocasión, después de un viaje reciente á Barcelona, la ciudad de mis preferencias que yo quisiera ver en todo grande, y rehabilitada, y limpia de esa mancha, dije sin ambages la opinión que me merecían ciertos espectáculos muy en boga en la capital de Cataluña. Aquello ya no es sadismo simplemente, sino incultura y decadencia, sobre todo teniendo en cuenta la progresión del mal, que se infiltra en todas las clases y se acepta por ellas como la cosa más natural del mundo. Recuerdo un episodio típico, que me pareció de un realismo entristecedor: pasaba yo por la calle del Conde del Asalto, muy próxima á la en que se halla establecido uno de los *music-halls* más populares y concurridos de la condal ciudad, y oigo que una mujer, menestrala por su porte y maneras, decía á un hijo suyo, niño que apenas si contaría ocho años de edad:—«Si mañana te conduces mejor que hoy (*si fas més bondat que avuy*), te llevaré á ver *La Pulga*.» Huelgan los comentarios.

Pues bien, todo eso, que es síndrome incontestable de degeneración, no ha sido fustigado por aquellos que, por su profesión ó por sus concomitancias directas con el pueblo, con ese pueblo que tanto necesita ser protegido y educado, están indicados para substraerlo á todo lo que puede representar, á sus ojos y á su conciencia simplistas, escuela de perversión ó de malas costumbres. Es mas: podría citar textos de publicaciones que conservo pero que por ajeno pudor no transcribo, en los cuales se entonan ditirambos al desnudo y al baile provocativos tales como los hemos visto recientemente en el teatro, calificándolos de idealización de la materia dentro del arte (*sic.*) Cuando se imprimen por gente culta (1) semejantes insanidades, sin que surja inmediatamente el correctivo de una protesta; cuando esto se acepta con indiferencia por el público, por las familias en que hay padres, madres é hijos (hijas sobre todo) que debieran de interesarse por que el arte, el arte verdadero, saliera

ennoblecido y no encanallado en el teatro; y cuando, á mayor abundamiento, las empresas están seguras de la impunidad, ante la deficiencia de los medios coercitivos legales y el aplauso emulativo que encuentran entre aquellos mismos que por función social debieran de condenarlas, claro está que el daño va siendo mayor todos los días, hasta que llegue un momento en que sea irreparable.

\*\*\*

Hijuela del teatro, y exteriorización hábil y casi perfecta de la realidad escénica y de la vida, es el cinematógrafo. Yo lo tengo por un gran triunfo de la mecanografía instructiva y utilitaria, como el teatro fué siempre, á mi juicio, desde que los griegos lo elevaron á la categoría de arte superior, la mejor y más viva encarnación de la existencia idealizada por prosistas y poetas. Entiendo que el cinematógrafo es un instrumento maravilloso que, dirigido por hombres decentes y cultos y manejado por manos expertas, puede contribuir poderosamente á elevar el nivel social del público á grande altura, desde el doble punto de vista de su ilustración y de sus sentimientos.

Espectáculo al alcance de todo el mundo y de todas las fortunas, es á propósito para atraer á la gran masa innominada que busca distracciones y placeres fáciles y á poco precio; y por su finalidad y por los medios de que se sirve para interesar á lo vivo á los que á él acuden, está llamado á ser con el tiempo un complemento ó un sucedáneo del teatro. Yo soy de los que creen sinceramente en la virtualidad del cinematógrafo *per se*. Sus múltiples aplicaciones, con sus perfeccionamientos cada día más extensos, me lo han hecho apreciar como un arma de gran potencia instructiva y educativa, siempre que los encargados de esgrimirla la manejen con fines de cultura social y sin apartarse de los límites dentro de los cuales el arte y la moral pueden desenvolverse sin ofensa mutua. Es sencillamente cuestión de tacto, decencia y delicadeza.—Cuando, hace algunos años, el célebre cirujano Dr. Doyen implantó la cinematografía como auxiliar para la propaganda de sus métodos operativos, que yo considero admirables, los envidiosos de su merecida fama, cuyo número es legión, se le echaron rabiosamente encima tratándole de impostor, charlatán, mercachifle y poco menos que indocto. Yo, que conozco de cerca cómo trabaja y cómo produce ese hombre superior tan calumniado, entendí, por el contrario, que aquella aplicación de la cinematografía á la enseñanza constituía no sólo un ingeniosísimo hallazgo, sino un positivo progreso en la metodología didáctica. Verdad es que más tarde, y no por culpa de Doyen, se ha hecho un uso indebido, ó por lo menos un uso inconveniente, de los *films* operatorios del eminente doctor, que en un principio fueron destinados únicamente á los alumnos de cirugía. Esto me ha parecido muy mal; pero no prueba en manera alguna que la cinematografía sea de por sí nociva y que como tal deba de ser condenada.

Es arma de dos filos como lo es el mismo teatro, y, sin embargo, á nadie que tenga buen sentido, ó siquiera el concepto real de las cosas, se le ha ocurrido pedir la supresión de uu espectáculo que tanto ha contribuido, como el arte escénico, á levantar el nivel intelectual del pueblo, á pesar de las manchas que lo afean y de las deplorables tendencias que á él han aportado ciertos

autores, más afanosos de explotar el sensualismo grosero que de cultivar, en provecho del espíritu, las bellezas de una sana, eficaz y atrayente literatura. ¿Dónde no existen manchas? ¿Acaso no las tiene—y perdóneseme la socorrida frase—el mismo luminar del mundo?

Lo que hay es que, si existen grande dificultades, en una nación liberalmente regida, para evitar los abusos que están convirtiendo el teatro, hoy, en un lugar de delectaciones malsanas y de enseñanzas abiertamente opuestas al convencionalismo tácito dentro del cual convivimos todos los hombres desde que hay civilización en el mundo, á no ser que se eche nuevamente mano del procedimiento anacrónico, humillante é inquisitorial de la previa censura, en cambio algo—á mi entender—podría y debería intentarse para contrarrestar é impedir, coercitivamente si fuere necesario, la exhibición pública de ciertas impresiones cinematográficas, de la misma manera que se impiden otras exhibiciones callejeras (fotografías ó cartas postales obscenas, etc.) como atentatorias á la moral y al respeto de los transeúntes. Claro es que el cinematógrafo es mucho más peligroso que esa torpe exteriorización en la calle, pues de ella se apartan instintivamente los ojos cuando existe mediano decoro, al paso que aquél, con sus perfeccionamientos artísticos, ha llegado á presentarse con tal lujo de habilidad y de seducción, que el espectador, ávido de lo real, de lo que palpita, de lo que es vida positiva de la actualidad reinante, sale verdaderamente impresionado y no pocas veces profundamente conmovido. En el cinematógrafo se aprecian mejor los hechos porque toda la atención está concentrada en el sentido visual, que es el que más directamente hace vibrar las células del cerebro. Por extraña paradoja, siendo todo ficción por su mecanismo, puede decirse que en el cinematógrafo no existe la ficción para el espectador. Y como, por otra parte, es espectáculo al que se asiste por poco dinero, de aquí su inmensa boga, su grandísima popularidad, sobre todo entre las familias de modesta posición y la gente moza.

A mi juicio—y lo digo con toda sinceridad, aunque tenga que hacer presión á los principios de libertad que he sustentado y defendido durante toda mi vida—el cinematógrafo debiera de estar sometido á un *control* especial ó á la observancia de ciertas reglas, á fin de obtener que el espectáculo no degenera nunca en una exhibición de hechos que, por su finalidad ó por su intención, puedan ser considerados como una

## La Susceptibilidad Catarral



Muchas personas padecen una predisposición marcada al resfriado de cabeza y al catarro nasal. A pesar de todas sus precauciones, salen de un catarro para entrar en otro, siendo el tiempo frío y variable una verdadera pesadilla para ellos. Y no obstante, es sencillísimo el remedio á esta molesta predisposición. Los Pellets del Doctor Mackenzy no sólo curan pronto y eficazmente los resfriados, sino que hacen desaparecer por completo esta «susceptibilidad catarral», ó sea la propensión al catarro en estas personas que siempre cogen resfriados. Los Pellets se venden á Ptas. 1'50 en todas las buenas farmacias.

(1) «El peligro es tanto mayor—decía ya el sabio historiador Mariana dirigiéndose al rey—cuanto que semejante torpeza (*el desnudo libidinoso en los espectáculos públicos*) tiene también sus patronos, y no entre hombres oscuros, sino entre varones aventajados por la fama de su erudición y ordenada vida.»  
—MARIANA: *Del Rey*: etc., cap. XVI.

injuria al pudor ó al respeto debido á los espectadores. ¿Forma práctica de llevar á cabo ese *control* para que no tuviera el carácter netamente definido de previa censura? No sé verla en este momento. Esto podría ser objeto de un informe fundamentado, cuyo estudio podría encargar la autoridad local de cada población á una junta de padres de familia en la que estuviesen representadas todas las clases sociales sin distinción de partidos. Tomado el acuerdo por la autoridad, previo ese informe de la junta, el empresario del Cinematógrafo quedaría *ipso facto* sometido á una reglamentación cuya inobservancia podría ser castigada—según la gravedad del caso—hasta llegando á imponer el cierre del establecimiento.

Si ese medio no fuese factible, ó si otro análogo no pudiese garantizar en absoluto la estricta observancia de las reglas del decoro en las representaciones cinematográficas, sólo entonces podría llegarse á la prohibición de que los niños de menor edad asistan á ellas. Mejor quisiera yo que esa prohibición—no existiendo aquella garantía—surgiera de la iniciativa de los jefes de familia, que son los directamente interesados en que sus hijos no se sugestionen morbosamente á la vista de espectáculos más á propósito para lesionar su frágil sistema nervioso que para orientar su espíritu hacia la reflexión y la templanza. Yo estimo en principio —y no me recato de decirlo, aunque en esta opinión se me haya adelantado un hombre de sotana que vivía hace tres siglos—que «no debería llevarse al teatro á los niños y niñas de menor edad, mientras fuere posible, para que no se inficionen en los vicios desde la edad primera aquellos que son la esperanza de la república». (1)

\*\*\*

Hechas estas salvedades, vuelvo á declararme acérrimo partidario del cinematógrafo, como arte menor del cual se puede sacar grandísimo provecho.

En cuanto al niño y á lo que se refiere á su educación psíquica y estética, yo no dudo que con buena voluntad por parte de las autoridades y maestros y con el asentimiento y colaboración de las familias, no habría de ser difícil hallar un medio cómodo y barato para llegar al desiderátum, al *utile dulci* preconizado por los antiguos y que, conjuntamente con la educación higiénica y corporal de nuestros tiempos, viene á constituir el gran secreto de la preponderancia moral de las razas del Norte sobre nuestra enclenque y degenerada raza latina.

Como ya tengo dicho en trabajos anteriores, en los cuales he tratado expresamente de esta parte concreta del problema, opino que, apartado de los espectáculos públicos donde se ponen en juego y en lucha las grandes pasiones de los hombres, de cualquiera índole que fueren, el niño ganaría mucho en educación moral y afectiva si llegase á encontrar aliciente en alguna obra que, apartándose de la disciplina escolar propiamente dicha, fuese, sin embargo, con carácter mixto y familiar, un complemento ó una continuación de la escuela. Esto es lo que se hace en Inglaterra, en Suiza, en Alemania, donde los niños, por regla general, no sienten necesidad alguna de ir con sus familias á las grandes representaciones,

creadas para los adultos, por la sencilla razón de que familias, maestros y autoridades mancomunadamente, dan suficiente pasto á las naturales expansiones infantiles estableciendo una especie de post-escolaridad recreativa que no cesa, de hecho, hasta que el niño deja de serlo para engolfarse en las grandes corrientes de la vida profesional ó del negocio.

Ya sé yo que en Barcelona, particularmente, y en algún otro punto de España, ha habido quien ó quienes han intentado implantar ese sistema de educación psico-estética para alejar al niño de los centros donde la corrupción, la inmoralidad y el vicio más ó menos velados se codean día y noche con el público que se tiene por decente y que, sin embargo, los tolera; pero también sé yo que esos intentos han fracasado casi todos ó viven una vida miserable y precaria. Ni las familias han acudido al llamamiento noble y desinteresado de los iniciadores de tan loable empresa; ni las autoridades y corporaciones han hecho lo que debían—ó por lo menos en la proporción necesaria—para apoyarlos y secundarlos. La indiferencia criminal de las unas y la relativa pasividad de las otras han creado el vacío al rededor de esas obras de ensayo, que forzosamente acabarán por morir de inanición, lo cual constituirá una verdadera vergüenza.

Por mi parte, y sin falsa modestia lo digo, no me siento capaz de indicar un remedio al mal que lamento. Y al señalarlo, ínterin otros más competentes proponen lo que realmente puede ser factible para solucionar convenientemente el problema de la moral pública, sobre todo en lo que afecta al presente y al porvenir del niño, quiero decir, al terminar, algo que me apena como demócrata convencido, aun á trueque de que alguien que no conozca las luchas de toda mi vida me crea inclinado hacia hombres é instituciones de los cuales me separará siempre un abismo.

Yo apruebo en principio—digo en principio—todas las asociaciones creadas y por crear cuyo objeto sustantivo sea la defensa social (no se vaya á creer que haga un juego de palabras) contra las invasiones sistemáticas de la demagogia en lucha constante con la paz y el sosiego públicos y contra los ataques á la moral y á las buenas costumbres. En política, excluyo sólo de mi anatema la revolución, que, en un momento dado, puede ser la *suprema ley* de un pueblo; revolución es evolución, no demagogia. Y dentro de los ataques á la moral y

á las buenas costumbres comprendo la palabra—hablada ó escrita—que, por su estructura, su fonética ó su intención, represente una obscenidad ó una blasfemia. Llámese como se llame, aunque tome el nombre chungueado de *Lliga del bon mot*. Yo estoy del lado de la barricada donde se lleve á cabo, con dignidad, imparcialidad y mesura, esa obra que considero indispensable de defensa social. Y deplorando lo que ocurre en un campo donde debiera de reinar la ecuanimidad más perfecta, declaro que no comprendo las intransigencias partidistas de los que por su saber y su experiencia, así como por su influjo en las muchedumbres, anulan la eficacia de su propia obra, con lo cual resulta que todos sus esfuerzos—los de los unos y los de los otros—son contraproducentes puesto que se contradicen y se destruyen. La defensa social, desde el doble punto de vista de la moral y del orden público, es labor que á todos incumbe por igual, y el hecho de ir á ella implica la condición de prescindir por completo de prejuicios de escuela, tanto en el orden político como en el religioso. Pretender unos—los católicos y los conservadores, por ejemplo—que sólo ellos están llamados á librar combate á los perturbadores sistemáticos del orden social y de la moral pública, es una candidez supina y un craso absurdo. Pretender otros—los arreligiosos y los demócratas—que de esa obra de defensa social han de quedar excluidos sus adversarios para no confundirse con ellos, es también, á mi juicio, otro absurdo que no tiene otro origen que el sectarismo.

Sinceramente creo que los unos y los otros—unos porque exageran sus premisas y otros porque temen sus consecuencias—yerran en sus procedimientos. A todos les falta la debida ponderación para ir á la lucha contra el mal común sin necesidad de darse el brazo ni confundirse. Pueden ser los radios separados de un mismo círculo, que converjan centripetamente al punto equidistante donde reside el remedio. Para esa obra de trascendencia, todos debieran de tener en cuenta que, trabajando por la higiene y orden sociales, trabajan por el orden y la higiene de la familia, sin la cual sería un mito el concepto de humanidad, razón de ser y símbolo eterno del hombre civilizado sobre la tierra.

ARTURO VINARDELL ROIG

París, Enero 1912.

**RON BACARDÍ**

## La Cuestión del Cinematógrafo y la de la Moral de la calle

### Nuestra Información - 5 y último

(Véanse los números 218, 219, 221 y 226)

Sr. Director de la revista CATALUÑA.

Muy señor mío:

Aunque hubiera deseado poder contestar antes á su atenta invitación, tal vez, en resumidas cuentas, resulte ventajosa mi involuntaria tardanza, pues la verdad es que al leer la nutrida y variada información que bajo el título «La Cuestión de la Moral Pú-

blica» ha venido insertando su revista, casi me parece que todo lo que hay por decir queda dicho en aquellos interesantes escritos.

Sorprende en ellos agradablemente la unidad de su tono y la gran paridad en la apreciación de los hechos, tratándose como se trata de plumas que militan en los bandos más opuestos, nueva señal de los tiem-

(1) MARIANA Del Rey, etc., cáp. XVI.

pos que no es la primera vez que anoto y que hace concebir halagüeñas esperanzas á los que tanto ha que laboramos por obtener una mayor cohesión entre nuestros elementos sociales.

En lo que á la apreciación de los hechos se refiere, pareceme decisiva la interesante exposición estadística del Sr. Mercader (1), que demuestra palpablemente la profunda gravedad que ha alcanzado nuestra dolencia colectiva al amparo de principios que, parodiando un famoso lema, podrían sintetizarse en el grito: ¡Sálvense las instituciones y húndanse las costumbres!

En cuanto á las causas inmediatas y á los remedios oportunos hay que agradecer al Sr. Maragall (2) el feliz levantamiento de la cuestión particular planteada en el interrogatorio á una cima superior que nos muestra en forma panorámica el estrecho enlace de aquel caso concreto con las más graves cuestiones en que se agita la conciencia moderna. Venga en buena hora la revisión de valores de que tanto en arte, como en ciencia, como en moral, como en política, empiezan á ser vivamente objeto los principios más fundamentales que el siglo XIX parecía haber consagrado. Tal es precisamente mi actitud con respecto á los mismos, y por satisfecho me tendría aunque otra cosa no se lograra con ello que suscitar una incommovible falange de conscientes cuestionadores (el polo opuesto de los antiguos sofistas) ante toda imposición mental, sea de la categoría que sea y venga de donde venga.

Parecerá tal vez contradictorio, ser yo un socialista convencido, (socialista, entiéndase bien, en el sentido de creyente en el devenir de la identidad social; aunque no en dogmatismo alguno con el cual, quien sabe cuan oportunamente, se pretende apresurarlo); parecerá digo, tal vez contradictorio, que yo intervencionista en principio me oponga á toda intervención de la Autoridad en los graves abusos contra la moral pública que con razón se denuncian. Pero basta observar cuan lejos está hoy entre nosotros la autoridad de representar el espíritu colectivo—condición indispensable para que lo sea de verdad—para comprender los recelos con que veo, hoy por hoy, todo acto emanado de la misma, cuanto mas aquellos que afectan á nuestro fuero interno. ¡Aplicaos, cada cual en el dominio de su conciencia, á ser una verdadera é inexorable autoridad, señores conservadores, y veréis como el «principio de autoridad», de cuya decrepitud tanto os doléis, se levantará y se impondrá por sí solo, haciéndoos gracia de vuestros indispensables muletas!

Y lo que digo de la autoridad en general, no hay para que multiplicarlo, tratándose del Maestro. ¿Será por ventura el Maestro algún super-hombre á cuya conciencia y diligencia impecables sea preciso desde luego confiar las funciones policíacas abandonadas por los agentes gubernativos y judiciales? Dejemos en paz el Maestro en su

escuela, que bastante tiene que hacer en ella, y cuide él de la policía escolar, como la autoridad civil debe de hacerlo con la urbana.

¿Cómo y dentro de que límites deberá ejercer esta sus funciones? He aquí la cuestión. Cuestión, como todas las de su género, muy fácil y muy difícil de contestar. Aplíquese la ley, dirá el espíritu superficial, y si está es deficiente enmiéndese en lo menester. Pero, volviendo sobre lo indicado, lo cierto es, que de poco ó nada servirá la mejor legislación si no se apoya en el dictado de la conciencia individual. Robustecer el carácter, levantar el espíritu, iluminar la conciencia de todos y de cada uno, he aquí lo necesario.

¿De qué modo? Ahora si que entra el papel del Maestro, como también el de predicador y el escritor, el poeta y el artista, todos los que como aquél, por la naturaleza de sus ministerios tienen *cura de almas*. Aquí, sobre todo, el papel de aquella heroica falange que hay que suscitar á toda costa. Y perdóneme, en este punto el maestro Maragall, que con el mayor respeto salga al encuentro de ciertas apreciaciones suyas con que pretende combatir á los instrumentos modernos de nuestra desmoralización. Sea el que fuere el juicio que el fonógrafo, el cinematógrafo, el telégrafo, la prensa, y cuanto otro *chisme* se quiera añadir, nos merezca á tí ó á mí particularmente, es, á mi parecer, pura pérdida el tiempo y el esfuerzo que se gaste en maldecirlos. Soy en esto, punto concreto el Ruskiniano de siempre y con esto queda expresado el concepto que particularmente me merecen. Pero, si bien es cierto según dijo un escritor anglo-sajón que, aunque muchos de sus paisanos y no paisanos parezcan olvidarlo, «se puede ser un salvaje y usar del teléfono», no es menos cierto que todos estos instrumentos de progreso ó de regreso, tómese como se quiera, son hoy día realidades incuestionables, al mismo título que el lenguaje lo sería para el hombre primitivo ó la cola prensil para el mono. Dúdense cuanto se quiera de su eficacia paralos altos fines de la humanidad, pero no concibo con que título pueden despreciarse como instrumentos accidentales de relación humana. ¿Abominaremos acaso del aire que respiramos por qué es impuro? No, antes bien aprovechemos el tiempo y purifiquémoslo. Es esto tan evidente, que hasta parece tiempo perdido el afirmararlo; tan cierto es que la fuerza irresistible de los hechos no puede contrarrestarse con palabras, pues que al que tal se atreva sus actos mismos le desmentirán cada paso. Si tanto desconfía él de la prensa, ¿podrá decirnos por qué se sirve de ella aunque sólo sea para censurarla?

No ha mucho que hallándome en Bruselas, estudiando sus admirables instituciones sociales, visité su magnífica *Casa del Pueblo*. Había examinado atentamente una por una todas las múltiples y variadas secciones y dependencias de aquel poderoso y complicado organismo de positivo progreso, pero el alma de la *Casa* me escapaba. No acertaba á comprender la fuerza íntima, la virtud inmanente que por necesidad debía in-

fundir vida y carácter á todo aquel informe agregado de vagas iniciativas. Supe que allí funcionaba un teatro popular y una noche quise verlo. No valía la pena, me habían dicho: una velada ordinaria, cinematógrafo á diez céntimos butaca. Un gran gentío de hombres, mujeres y niños de la más humilde condición ocupaba la inmensa platea y las galerías superiores. Las películas, todo lo artísticas que el género permite, eran casi todas novelescas, pero de asunto moral y no dudo que, aun á los ojos más austeros, altamente edificantes. Confieso que al ver el desenlace pudibundo de un drama amoroso mi instintiva perversidad latina me hizo volver los ojos hacia los grupos obreros, esperando ver en sus labios la maliciosa sonrisa entre nosotros habitual en tales casos. El silencio era profundo, la atención absoluta, la aprobación se dibujaba en todos los semblantes y una salva de aplausos resonó en el teatro al terminar, la película. La experiencia se repitió á menudo aquella noche. Cuando se levantó la blanca pantalla en el primer intermedio una extraordinaria visión apareció en el fondo del escenario. Un rostro gigantesco de rasgos nobles y dulces, ojos de ensueño, boca piadosa y frente divina, parecía desde la tela en que estaba pintado dar una secreta bendición á la tosca asamblea. Era una cara de Jesús, según me dijo un muchacho vecino, obra de un socio aficionado que había hecho don de ella á la casa. Un Jesús socialista, el hijo del pueblo y el padre del pueblo, el hombre divino á simple fuerza de ser humano y á quien, por eso mismo, aquel pueblo incrédulo, tal vez ateo, seguía venerando instintivamente como un gran ídolo. Entonces sentí levantarse el velo que me impedía comprender la fuerza íntima, la virtud inmanente que sostenía aquel soberbio alcázar de los humildes. Y salí de él preguntándome: Fórmula, dogmatismo ¿qué importa? ¿No merece cuando menos tanto respeto esta nueva *religión laica*, como las que le han precedido y las que tal vez la sigan? Si la *panacea* del socialismo militante logra fundir en una aspiración superior y en un fraternal abrazo el alma popular descariada y dispersa, ¿en méritos de qué principio verdaderamente religioso podrá condenarse?

Conclusión: En concreto, echaremos mano de todos los instrumentos á nuestro alcance para combatir la podredumbre moral que nos invade, principiando precisamente por aquellos que más se utilizan á tan bajos fines. Pensemos que su nobleza ó bajeza positivas, no son en su mayor parte, más que un producto de las propias manos que los emplean. En general seamos humanos ante todo y tengamos fe en el corazón del hombre. Tengamos por sagrados sus ideales y no dudemos que, sean los que fueren, ellos constituyen el secreto impulso de toda vida y progreso. Fomentemos los que existan, y allí donde falten preocupémonos ante todo en sembrarlos. ¡Una fe, sea la que sea, no importa! Algo que saque al hombre de sus tristes *casillas* que le libre de la lóbrega prisión de su propio yo. He aquí el fundamento único é insustituible de toda virtud, sin el

(1) Véase el número 210 de CATALUÑA.

(2) Véase el número 213 de CATALUÑA. Poco podría yo pensar, al escribir en Noviembre estas líneas, que no debían publicarse en vida del amigo y del maestro, por mí tan venerado. Dañeme especialmente esto en el alma, por cuanto, como verá luego el lector, se trata aquí de contestar á ciertas apreciaciones del maestro, que interesa á todos vivamente discutir. Y es por eso, ya que en la esfera de la ideación, como diría él mismo, la muerte no existe, que, aun á riesgo de irreverencia, bien meditado el caso, he optado por mantener mi escrito en su integridad. Un nuevo motivo de duelo para el que escribe estas líneas, pensar que jamás recibirán la siempre atenta y luminosa atención de sus benignos y sonrientes ojos.

**CAMISERIA, CORBATERIA y NOVETATS**  
Géneros de Punt - Especialitat en Camises á mida  
Plassa de Sant Jaume, 5 y Bisbe, 2 - BARCELONA

**ALOY**

cual toda moral es palabra vana. Engancha tu carro á una estrella, decía Emerson.

Su muy affmo. amigo y s. s.

c. MONTOLIU.

**A.**—No se trata, creo yo, de acabar con los espectáculos de Cinematógrafo. Una campaña en este sentido sería de propaganda mas que de descrédito.

En lo que todos debemos laborar, es en reintegrar al Cinematógrafo los límites de espectáculo secundario que le corresponden.

El peligro está en la afición desmesurada que le va tomando nuestra gente. Conozco en Barcelona barrios enteros sugestionados por el Cinema. Y no precisamente por lo que puede asignársele de valor, de información, sinó por el conjunto malsano de literatura gráfica excitante que contiene.

Dícese que el resultado moralizador del Cinematógrafo en Bélgica ha sido excelente, por cuanto ha alejado de la taberna millares de obreros. Entre nosotros, el resultado ha sido bien distinto: alejar al obrero de la tradicional comunidad familiar y alejar la menestralia y aún á la clase alta del teatro. Sin contar todas las desviaciones del sentido moral de que debemos acusarle.

Es lamentable que haya llegado á constituirse en nuestra ciudad un núcleo de técnicos y eruditos del Cinematógrafo. Esta invasión del espectáculo es bochornosa. Bien estaría si se redujese á curiosidad de arrabal como la pantomima por ejemplo.

No vacilo en pedir para los espectáculos de Cinematógrafo una censura previa que abarcase ampliamente todo un contenido, desde el punto de vista moral hasta el estético. No sería inoportuna una rigurosa intervención restrictiva en cuanto se refiere á los carteles anunciadores que perturban nuestros ojos y á las leyendas de las películas que faltan á toda ley de gramática y de buen gusto.

Reducido á sus proporciones verdaderas el espectáculo y admitida la censura, no era necesario alejar á nadie del Cinematógrafo. Quedarían suprimidas las innobles películas de importación alemana y resultaría favorecidas como un mal menor, naturalmente las de importación norte americana que suplen la literatura de aventuras y viajes en un país como el nuestro en que se lee poco y desastrosamente. Si no se hubiese descuidado la educación sportiva, y sintiéramos con fervor religioso nacional el Teatro, no constituiría el Cinematógrafo peligro alguno.

Al sport y al Teatro debemos aplicar nuestra vocación. Con el sport, conseguiremos acallar por la fatiga, la obsesión sexual de nuestras masas cultas ó incultas. ¡Cuanto más eficaz hubiera sido la labor de tantos centros catequizantes é instructivos si hubiesen preparado los fundamentos del contenido moral con una sólida y desbordante alegría física, con un fuerte equilibrio corporal!

Con el Teatro podemos conseguir el desarrollo del espíritu colectivo tan deprimido en nuestra tierra. A condición de que olvidemos esta pseudo poesía dramática tan en boga y tan equívoca como la pintura de género que falseó la historia, y evitemos el *Teatrillo local* y el *género chico* que nos in-

vaden convirtiéndonos en turistas dentro de nuestra propia tierra.

Espíritus cultivados no ocultan sus preferencias por la lectura antes que la visión activa del teatro actual. Es ésta una señal evidéntísima de la decadencia dramática que debemos también evitar con ahinco. Es al verdadero Teatro al que debemos volver, á los antiguos y á Shakespeare. La acción de una Asociación Shakesperiana ejercida paralelamente á la acción de nuestros clubs de tennis y de foot ball, sería eficacísima. No puede existir delicadeza espiritual en quienes desdeñan el cultivo de su propio cuerpo. Intensifiquemos los ejercicios corporales por convicción de belleza y de higiene, pero sobre todo, por convicción de moralidad.

**B.**—Todo lo que sea limpiar de asquerosidades nuestras calles será embellecerlas.

Y no seremos dignos del título de ciudadanía, hasta que velemos constantemente por el decoro de nuestra ciudad.

El contenido de este segundo apartado de la encuesta de «CATALUÑA», debería avergonzarnos á todos.

¿Es posible que no estén resuelos en Barcelona los problemas que en dichas preguntas se insinúan? Por el honor de mi ciudad, quisiera no creerlo.

J. M. LÓPEZ PICÓ

### *El control del Cinematógrafo en los países extranjeros*

**A.—I.** En los países donde primeramente han constatado el perjuicio moral que el Cinematógrafo reportaba no han intentado alejar del mismo á la muchedumbre que asiste. Lo que han procurado ha sido aprovechar ese grandioso interés, y encauzar el espectáculo hasta convertirlo en beneficio para todos los espectadores.

El peligro que por hoy representa el Cinematógrafo tiene su fundamento en la inconsciencia de las casas editores de *films*, debido todo ello á ser el Cinematógrafo un espectáculo sin tradición, improvisado por las crecientes necesidades del éxito.

Tanto el caracter popular que el Cinematógrafo tiene, como la extraordinaria influencia que del mismo se deriva, han sido la causa de que rápidamente se haya concebido la necesidad de un control y que para darle todas las garantías del éxito se hayan sumado una gran cantidad de intereses. Ningún otro espectáculo tan apropiado como el del Cinematógrafo para que ese control no dé lugar al más leve recelo.

Entre nosotros también la purificación de ese espectáculo puede ser un hecho. Sería suficiente que nuestros jóvenes—no importan sus tendencias—de los que por encima de todo prejuicio consideran que solamente en una acción moral es posible el resurgir potente de nuestra patria se pusieran de acuerdo para convertir este deseo en realidad. Antecedentes para esta acción no han de faltarles. En Boston por ejemplo á la vista del incremento de esas inmoralidades las autoridades no permiten la exhibición de una película sin antes haberla revisado, y muchos empresarios poco escrupulosos, que no atendieron debidamente sus indicaciones quedaron obligados á cerrar sus establecimientos. El consejo municipal de Londres prohibió la exhibición de un *film* representando una escena de una brutalidad extraordinaria, y así mismo prohibieron la exhibición de esa película otras ciudades de Inglaterra y Norte-América.

El ministro de Instrucción pública en Alemania ha dado severas órdenes á las casas editoras de películas, para que inutilicen todas las de carácter inmoral.

En el Japón, toda cinta cinematográfica es revisada por la censura antes de pagar los derechos de Aduana.

En las cámaras italianas se presentó un proyecto de ley para reglamentar las representaciones cinematográficas, tendiendo á asegurar la protección moral de los menores. En esa misma ley se establece un impuesto fijo para todas aquellas cintas que á pesar de estar autorizadas no responden á un fin instructivo.

En Dusseldorf, cada programa de los que se exhiben ha de ser previamente proyectado en la prefectura de policía, donde existe un admirable servicio montado con este objeto.

Es reciente el movimiento de la opinión en los Estados Unidos pidiendo la prohibición de las películas representando escenas de crímenes.

En varios puntos, para evitar ese enjambre de muchachos que llenan las primeras filas en los cinematógrafos, está prohibida su entrada si no les acompañan sus padres. Una demanda en este sentido han hecho los profesores de Spandau (Brandebourg) al Comité superior de Instrucción pública.

II. El alejar á los menores de un determinado peligro no es una solución si ese mismo peligro subsiste para emponzoñar á todas las otras personas que forzosamente han de tener tratos con los niños y cuyo ejemplo y acción indudablemente tendrán una influencia sobre ellos. Precisa purificar el ambiente del Cinematógrafo para lograrlo, y para completar las ventajas que de ese espectáculo pueden derivarse, se han instituido infinidad de procedimientos.

En Bélgica se ha instalado un archivo para coleccionar las películas que representan el historial de la vida contemporánea y que mañana serán documentos de un valor inestimable.

En la Biblioteca Nacional de París se ha comenzado igualmente á recoger estas interesantes películas. Las Universidades populares y las obras post-escolares de Bélgica, reunidos en un congreso reciente acordaron la celebración metodizada de películas entre las clases obreras.

El Museo Pedagógico ha creado un servicio de películas para uso de las escuelas públicas, y como auxilio valioso de la enseñanza.

Instituciones de este caracter y con la intención de emplear el Cinematógrafo como medio educativo y para contrarrestar el aspecto inmoral de muchas exhibiciones, se han constituido en diversas de naciones. En Suecia existe un Cinematógrafo Nacional que regula el buen gusto de estos espectáculos, y al que asisten los alumnos de las escuelas públicas.

Lo que hasta hoy, no hay duda, ha sido un motivo más para la corrupción de nuestro pueblo, puede convertirse por la acción de todos, en un nuevo motivo que impulse la educación del pueblo. No olvidemos que ese interés por un espectáculo es el punto de partida para obtener un magnífico resultado.

III.—En Barcelona, con nuestro dulce clima y el espectáculo continuo de nuestro sol y nuestro cielo, no tenemos casi jardines ni plazas, ni suficientes espacios destinados á que los niños puedan juntarse para organizarse sus juegos y expansionarse. En cualquier ciudad del mundo donde el clima no presen-

te los encantos del nuestro, el culto á la calle y á la naturaleza es más vivo y fervoroso que entre nosotros. En Cataluña misma, en cualquier pueblo hallaremos una gran plaza delante de la iglesia, que es el refugio y la expansión de los niños. En nuestra ciudad podemos observar barrios enteros, y no de los antiguos precisamente, donde no existe ni una sola plaza para esparcimiento de los pequeños.

Con este espíritu ha formado la ciudad. En él han crecido sus actuales habitantes y con él se forman actualmente los niños. No hay duda que ayudados por nuestro clima, nosotros lograremos fomentar otros espectáculos y otras diversiones al aire libre, que no sean precisamente las corridas de toros, que son las únicas que actualmente conocemos. Pero ello, es un trabajo mas lento, y que necesita más tiempo para solucionarlo.

Pero el combatir las inmoralidades que actualmente representa el Cinematógrafo, no es posible dilatarlo y para ello no existe mejor solución que batirlo con sus propias armas.

**B.—IV.**—Hemos de repetir lo que se ha dicho una infinidad de veces: en nuestro país la escuela tradicional—pública ó privada—no educa. Y no se preocupa la escuela del problema de la educación, por la sencilla razón de que regularmente las personas á esa tarea dedicadas no están poseídas por ningún ideal superior que les impulse. En eso no son distintas de la mayoría de españoles. En la mayoría de escuelas barcelonesas, como son en casi todas las de España, el niño únicamente aprende á leer y á escribir, y esto no son suficientes armas para defenderse contra las inmoralidades de la calle que de continuo le acechan.

La educación que el niño recibe, es precisamente la de la vía pública con todos sus defectos. En general, no es que esta educación de la calle debilite ó atenué la recibida en la escuela. Es, sencillamente que no ha recido otra. Por esta razón urge *neutralizar* la calle y para ello no basta con la autoridad del Maestro, precisamente aquí, donde esa autoridad—por muchas razones—es desconocida.

**V.**—Para la implantación de un régimen de fiscalización no es necesaria la ayuda del Maestro ni la del padre de familia.

Mucha parte de nuestra desmoralización, proviene del deseo en los niños de anticiparse á parecer hombres. Con la defectuosa educación recibida no hay necesidad de añadir qué concepto tendrá ese niño de lo que significa asemejarse á un hombre. Esa primera sugestión forma en él los malos hábitos que no le abandonarán, si otra sugestión no prevalece. Nadie más indicado para lograrlo y levantar á esos hombres caídos que el ejemplo y la acción del joven propagandista republicano al lado de la del joven propagandista carlista. El poder que representa tener la satisfacción de ser más moral que la mayoría de sus convecinos, la satisfacción de ser dueño de sí mismo, es mejor impulsor para acometer estas obras, que poseer el título de Maestro, la obligación de padre de familia ó el cargo de Concejal.

MANUEL AINAUD

Director del Colegio «Nuevo Mont d'Or», Barcelona.

**I.**—El Cinematógrafo podría ser un buen medio de culturización si su industrialismo se encaminase no sólo á la ganancia—finalidad máxima de todo negocio—si no también á la ilustración del público, á la formación de su público. Así, pues, mientras el Cinematógrafo no acabe con sus programas de películas melodramáticas, pantominescas, cómico-imbéciles, cursi-románticas y pseudo-históricas, precisa sujetarlo á una crítica aplastante, ejercida sobre cada nueva película que se anuncie. Para ejercer esta acción crítica, creo que facilmente nos reuniríamos veinticinco personas en Barcelona con el propósito de repartirnos el trabajo de juzgar el valor artístico y ético ó más concretamente educador de las quince ó veinte películas que semanalmente se estrenan en nuestros cines. Y contando de antemano con la solidaridad de algunos diarios estos podrían desde luego, no anunciar ningún Cine que diera películas amorales ó inmorales, pues ya es hora de que se junifique en nuestra prensa la Dirección con la Administración, pero no predicar moralidad y dar inmoralidades en reclamo—no sería difícil orientar al público sobre las producciones que se le anuncian. Pero como las proyecciones cinematográficas van pasando de los lujosos cines del centro de la ciudad á los populares de los suburbios y de éstos se envían luego á las ciudades, villas y pueblos de Cataluña, en cuyos lugares muchas veces solo se proyectan las películas durante el sábado y domingo por lo que la crítica local resultaría inoportuna, ésta podría organizarse de modo que los juicios ciudadanos fueran publicados oportunamente en los periódicos de la localidad ó comarcas.

Al cabo de algún tiempo de tal misión, cuando se hubiese formado criterio sobre el género de las casas productoras, podrían las tales ser avaladas ó boicottadas según conviniera al valor educador de sus producciones. Y lo mismo cabría hacer con los establecimientos cinematográficos que las proyectasen.

**II.**—Ciertamente que los niños deberían ser apartados del espectáculo cinematográfico actual, del cual son ellos las primeras víctimas. (Ahí van dos ejemplos *visibles*: una madre me contaba sin malicia como su hijo pasaba las noches que seguían á su vuelta del Cine, en una fuerte excitación nerviosa y otra se plañía de la última travesura de su hijo que había atado una cuerda al cuerpo de un compañero de juego, mas joven, sujetándole luego á un carro al ponerse éste en movimiento). Más no hemos de pensar en que podamos hacerlo si antes no apartamos á los padres, puesto que éstos no han de ir dejando á sus hijos y menos querrán privarse del gusto de mandarlos solos para que no molesten en casa.

**III.**—No sé si se puede hallar otro espectáculo ó diversión que pueda sustituir al Cine. Desde luego no podrá ser ni el teatro ni la mímica, pues el Cinematógrafo tiene sobre uno y otra la ventaja de la economía, dentro la cual no podrán competir sin menoscabo de su valor educativo.

Resta una diversión, la única, pienso yo, grata á los niños y también á los mayores: los juegos al aire libre. Estos podrían competir con el Cine por su mayor economía.

La gratuidad y por su mayor atractivo para el niño, el movimiento. Pero esto que es factible en las villas y ciudades de segundo orden, no es posible en Barcelona, pues, hacen falta campos municipales de juego,

parque de juegos podríamos decir, con empleados idoneos, cuya realidad está un tanto lejos. Y como el mal nos ataca ya, contra el Cinematógrafo no cabe más que el Cinematógrafo mismo convertido en instrumento de culturización por la presentación gráfica de otras tierras, de costumbres, de industrias de descubrimientos, de reconstituciones históricas y hasta de escenificación de las obras maestras, único medio quizás de hacerlas llegar al pueblo y al niño de cuyas almas tantas causas procuran la degeneración.

PABLO VILA

Director de la Fundación Horaciana de Enseñanza

**A.—I.** Soy completamente contrario á radicalismos de ninguna clase, pero en lo tocante al Cinematógrafo me siento acérrimo adversario, por considerarlo instrumento de inmoralidad, y opino, que de organizarse moralmente, el Cinematógrafo degeneraría en lo monótono é insulso, y en su consecuencia desaparecería.

La inmoralidad del Cinematógrafo procede de una parte, de la necesidad de producir á millares las películas, y de otra, de su limitado campo de acción; todos los recursos los halla en la mímica, y la mímica por fuerza debe ser sensacional, rústica, desequilibrada, por consiguiente, anti-artística y en definitiva inmoral; porque toda diversión pública que no esté inspirada en un sentimiento artístico fatalmente tiene que embrutecer á la multitud.

¿Cómo puede ser moral una diversión que se alimenta solamente de casos clínicos y morbosos? Todas las transgresiones de la justicia, todos los desequilibrios, todos los dolores humanos hallan un objetivo fotográfico que les presta asilo en una película. ¿Qué diríamos de una sociedad que para buscar distracción de su trabajo acudiera á los hospitales á contemplar las dolencias y sufrimientos de sus semejantes con un fin puramente de distracción y recreo? Este puñado de hombres y mujeres que condujera de la mano á sus hijos infantiles á buscar goces en un hospital, sería merecedor de que se les arrancara el corazón de humanos. Pues bien; el Cinematógrafo presenta como diversión, casos arrancados de los Palacios de Justicia, (que son los hospitales del corazón humano) y los traslada vivos, sangrando, en el escenario, con una rapidez mareadora; y allí acuden hombres y mujeres conduciendo de la mano á sus hijos infantiles; y allí en medio de los sufrimientos humanos se presenta la película de la risa, que es en aquella ocasión el colmo de la inmoralidad, por saltar bruscamente de la sensiblería á la impía burla, con una indiferencia cínica.

Y afirmamos que el Cinematógrafo con la popularidad de que goza es malo en absoluto, porque si se le quita toda esta parte sensacional (inmoralidades, injusticias, crímenes), ¿qué le queda?... el cinematógrafo decae y muere para la multitud; porque purificando dicho espectáculo, carece de interés, y por esto opinamos que es muy difícil encauzarlo en buen camino.

**II.**—Opino necesario apartar absolutamente del mismo á los niños; porque todo este conjunto de espectáculos de índole sexual y criminosa, contemplados con asiduidad, obran en el alma del niño, ávida de enseñanzas, de una manera perniciosa, introduciendo (gracias al instinto de imitación) en sus tiernos corazones los gérmenes del crimen, despertando tempranamente pasiones

**BRIEHS** SOMBREROS  
ARCHS - 3

aletargadas. No es necesario citar, por ser harto conocidos en la historia del crimen, los realizados por niños, con el exclusivo deseo de reproducir en la realidad, escenas leídas y contempladas en obras literarias de una bondad muy dudosa.

B. En cuanto á la cuestión de «la inmoralidad de la calle» debo decirle, que creo una idea acertadísima la iniciada por la redacción de esta Revista, y que sería muy útil una junta compuesta del Maestro en compañía de un número determinado de padres de los niños que con el auxilio de los tribunales de justicia cuidasen de neutralizar la calle. El Maestro es la personalidad mas indicada para realizar esta empresa, porque el Maestro ejerce un sacerdocio que la sociedad debe mirar con el respeto más profundo, y que es justísimo esté acompañado de los medios necesarios para desempeñarlo. La inmoralidad de la calle está socavando los cimientos donde el Maestro levanta el edificio de la educación, los niños al salir del ambiente de la escuela, respiran aires mortíferos que matan el alma de la escuela y es el Maestro quien en primer término debe velar por la pureza de esta alma.

FERNANDO DE SAGARRA

A. — ¿Debe fomentarse el apartamiento del Cinematógrafo ó bien someter este espectáculo á un control especial?

Ambas cosas deben hacerse, mas como los medios para la consecución de la primera, con ser la mejor, son necesariamente largos ó difíciles, bueno será que entre tanto reclamemos de las Autoridades que ejerzan este control ó previa censura. Esto es indispensable á mi entender, ya que la poca aprensión y el mal gusto de los empresarios y de los fabricantes de *films* han convertido el espectáculo del Cinematógrafo en escuela de malas costumbres y academias de sandeces; digo que es indispensable este control, pues así como tiene el Maestro el deber de escogitar los libros que pone en manos de los niños, tienen las Autoridades el de hacer objeto de una selección los espectáculos á que ha de concurrir ese niño grande que se llama Pueblo, que con la media-instrucción que hoy posee, cree poder ya emanciparse de toda tutela, no percatándose de la funesta que sobre él ejercen sus explotadores que más le halagan, al fomentar flaquezas de su instinto ó errores de su inteligencia poco cultivada. No quiero decir con esto que la perniciosa influencia del Cinematógrafo únicamente la sienten las clases populares, no: la sienten todas, mas aquellas, por ser precisamente las menos ilustradas son las que tienen una resistencia menor que oponer á la infección y son, por lo tanto, las que con mayor intensidad sienten sus efectos.

Para que la censura sea á los ojos del pueblo menos antipática debería ser ejercida por el pueblo mismo, por medio de sus representantes más genuinos. Podría formarse

una Junta, Comisión, Jurado, llámese como se quiera, compuesta de los presidentes ó delegados de las asociaciones populares de carácter cultural: Ateneos, Bibliotecas, Centros, Escuelas, Sociedades corales, etc., que examinara por encargo de la autoridad competente las películas que los empresarios de los cinematógrafos se propongan dar al público, y sin cuya autorización no debería permitirse la exhibición de las mismas. Nada de hacer intervenir en esta Junta elemento alguno de los llamados por el pueblo *reaccionarios ó clericales*, que hoy, atendidas sus ideas, lo vería con malos ojos. Que sea el mismo pueblo, que sean los *avanzados* quienes ejerzan este control, á fin de que más fácilmente se decida á coartarse una libertad, cual esa de los espectáculos, que redonda en perjuicio suyo. Yo no dudo de los buenos resultados que habría de dar, pues estoy intimamente convencido de que los que actuarían de censores, justamente orgullosos de la confianza en ellos depositada por sus conciudadanos conscientes de su responsabilidad, darían satisfactorio cumplimiento á su cometido, informando sus actos en el mas sano juicio y estricta moralidad. Si las Autoridades que están llamadas á designar este Jurado entendiesen que la labor del mismo había de ser para los que la formaran harto pesada para pedirles que á ella graciosamente se prestaran, podría exigirse de los empresarios una cuota de examen por las películas que presentaran á la aprobación, con cuyos ingresos remunerar el trabajo de los censores... Mas esto es cuestión de detalle; en esta ó en otra forma parecida las Autoridades tienen el deber de intervenir para moralizar el Cinematógrafo.

II. ¿Deberíase cuando menos, alejar de este espectáculo á los niños?

Sin el control, sí, decididamente; con él, puede tolerarse — si bien no están los cinematógrafos instalados en locales que por sus condiciones higiénicas se hagan recomendables á los niños, á quienes conviene especialmente aire y sol en abundancia— digo que puede tolerarse, sobre todo, si se procura confeccionar para ellos programas adecuados compuestos de viajes, leyendas, episodios históricos, experimentos científicos, manipulaciones industriales, etc., películas éstas que deberían ir acompañadas de explicaciones orales y no escritas como acontece hoy, que ni los pequeños ni los mayores tienen tiempo suficiente para leer las más de las veces y que si lo consiguen, es tal la redacción de las mismas (traducciones hechas sin conciencia) que son incomprendibles ó tan inicuaamente atentatorias á la gramática que claman al Cielo venganza contra el autor de las mismas. Para facilitar á los empresarios estas notas explicativas no habrían de faltar en Barcelona entidades de cultura que se prestaran á redactarlas en bella y clara forma; ó bien cuidaría de ello la misma Junta de Censura. Interín no se haga así, no es prudente llevar los niños al Cinematógrafo.

III. ¿Por qué otro espectáculo ó diversion popular podría ser substituido el Cinematógrafo?

De momento por ninguno, por el Teatro y el Concierto mas adelante. Mas para conseguir esto es preciso, que así como el Cinematógrafo ha invadido el Teatro, el Teatro se apodere de! Cinematógrafo. Quizá para llegar á este resultado se haya preciso crear un género dramático nuevo que se adopte á las condiciones de espacio, tiempo y baratura de los cinematógrafos y sea como la *preparacion* del público á que vuelva al teatro, al *Teatro grande*, de donde parece que ha desertado. Dígalo sinó esta crisis teatral que todos lamentamos, y mas que nadie nosotros los autores, y que en gran parte es debida al éxito del Cinematógrafo. El Cinematógrafo: *voilà l'ennemi!* Pues hay que combatirlo con sus propias armas. Por fortuna el enemigo parece que va cediendo; ya los blancos telones donde se proyectan las películas descórrense á menudo para alternar el espectáculo de las mismas con el que ofrecen *artistas* de diversos géneros. Procuremos que dejen libre aquel minúsculo escenario esa grey de *contorsionistas, musicólogos, coupletistas, bailaoras* y demás gentezuela, ó genticilla, para que suban á él músicos, actores, conferenciantes... Una vez el público acostumbrado á oír buena música, buena declamación y buena literatura acudiría al Concierto, al Teatro, al Ateneo ó á la Academia donde, indiscutiblemente, hallará aquello que empezó á saborear en el *cine*, ennoblecido, con mayor interpretación y mas dignamente copilado. «Si la montaña no va hacia tí, vé tu hacia ella.» dijo Mahoma ó no se quien; si el público no va hacia el *gran Arte*, que vaya el *gran Arte* hacia el público, que invada sus locales y acabará por adueñarse de su espíritu. Y esto lo hemos de conseguir lentamente, con perseverancia y... con el EJEMPLO.

Al hablar de «ejemplo» no puedo menos de pensar en el funestísimo que dan nuestros clases directores, responsables en primer término de toda relajación de costumbres, pues sabido es que el pueblo, ahora como siempre, fija la mirada en los de arriba, imita sus acciones como imita sus trajes, que la barrera que pone entre los dos sus diversos intereses económicos, y que el proletario estima contrapuestos, no es infranqueable para la sugestión que sobre de él ejercen los actos de los favorecidos por la fortuna. No vemos á tantos *señoritos* asíduos concurrentes á infectos *music-halls*? ¿Y qué decir de tantas encopetadas damas como hallaréis en la *preferencia* de algunos cinematógrafos peor ó mejor iluminados — mas bien lo primero que lo segundo— que han dejado sus automóviles en la puerta para que pregonen en el mal gusto ó la insensatez de sus propietarios que dentro de aquel local saborean las insulseces ó las picardías de un *«film d' art»* (sic)?... Me diréis acaso que en su estancia, entre cinco y siete, mas atienden muchas á un *flirt* que á las películas... ¿Cómo va á dejar de entrar en el *cine* la va-

# CHAMPAGNE NOYET

=Premiat en totes les exposicions á que ha concorregut=

cavas "Els Pujols"

Comarca del Panadés

nidosa burguesa al ver que se codeará con la aristocracia?... Y el bueno, el inocente pueblo, no verá en este hecho como la sanción de aquel espectáculo?

Si el sentimiento de su responsabilidad estuviera más desarrollado en nuestras clases directoras de éste y de muchos otros actos se obtendrían sin necesidad que á ello les invitáramos quienes, guiados de la mejor intención, quizás aparezcamos á sus ojos como antipáticos puritanos, intransigentes doctrinarios de una moral, que si bien les merece todos sus respetos, según dicen conculcan á cada momento con sus acciones.

**B. — IV. ¿Podriase legalmente conceder al Maestro jurisdicción sobre las calles que circundan su escuela para la limpieza moral de las mismas?**

No, rotundamente. Dejemos al Maestro en su escuela que bastante que hacer tiene en ella y no le convirtamos en polizonte dándole unas atribuciones que ni podría ni sabría desempeñar. Otro ha de ser su papel, como diré luego, enfrente de esta *coacción de inmoralidad* que el niño, como todo ciudadano, padece desgraciadamente en casi todas las grandes urbes.

**V. ¿En qué forma material (consejos de barrio, jurisdicción única del Maestro ó mantenida con el padre de familia ó con la autoridad) podría verificarse la intervención del Maestro en la moralización, ó por lo menos, en la neutralización de vía pública?**

Entiendo que antes de neutralizar la calle es preferible que dediquemos nuestros esfuerzos á *inmunizar* á los que han de andar por ella, especialmente á los niños, neutralizando así en estos los efectos producidos por las sugerencias eróticas que en el ambiente de la ciudad necesariamente recibirán. Esto lo conseguiremos dándoles en tiempo oportuno una «*educación sexual*»; este capítulo secreto de la enseñanza, como le llama el Dr. Toulouse «que trata del misterio de la vida, de las funciones que las transmiten, de las emociones que provoca, de las costumbres que engendra y de los peligros á que expone. Este capítulo del que los padres no hablan nunca á sus hijos, como si la ignorancia de estos pudiera prolongarse indefinidamente y no llegara un día en querrán saber lo que se les oculta y en que todos nuestros esfuerzos para ahogar su curiosidad no producirán otro resultado que excitarla más.»

A este propósito dice una ilustre escritora, Marcela Tinayre: «en el colegio el misterio del amor excitaba la curiosidad de las muchachas; lecturas tempranas, frases oídas, negligencias de los padres habían enseñado á más de una en este período de inquietud inevitable y constante por las cosas del amor. Al recordarlo recuerdo también la repugnancia que me produjeron ciertas confidencias y me pregunto si la delicada y prudente revelación de la realidad no sería mejor que la hipocresía obligatoria.» Y si esto ocurre tratándose de muchachas—dice Félix Thomas—que no acontecerá entre los jóvenes, dadas las fuentes de información que están á su alcance! Y digo yo

con él: aunque fiscalizáramos la calle, arrojando de ella á periódicos y anuncios inmorales y prohibiéramos á las meretrices su exhibición, habíamos de conseguir que la excitación de los sentidos desapareciera? Si es cien veces más poderosa la que ejercen el paso de una pareja amorosa ó el coquetismo de tantas mujeres decentes que ni por lo provocativo de su traje, ni por desenvoltura tomaría nadie por tales!

Al llegar á la crisis de la adolescencia se impone la educación sexual, que con tal se ponga en ella el tacto y la prudencia que requiere. Preferible es anticiparla á que llegue demasiado tarde; pero tal como están constituidas las familias y dados los usos, tradiciones y preocupaciones que en ellas dominan—añade el citado Dr. Thomas— se explica muy bien la inquietud y los escrúpulos que sienten los padres en dar semejante educación. «Dejando esta á la incumbencia del Maestro, su autoridad y la elocuencia de los hechos científicos que había de exponer no podría menos de producir sobre aquellos niños que empiezan á dejar de serlo, una saludable impresión que precisaría sus conocimientos incompletos y les pondría en guardia contra sorpresas nefastas. No nos engañemos; nuestros hijos son hoy más exigentes que lo eran en otro tiempo, cuando la autoridad del padre de familia era indiscutible y profunda la fé; su sentido crítico se ha afinado y no se conforman ya con las secas afirmaciones con que se contentaban ó parecían contentarse en tiempo de nuestros abuelos. Quieren explicaciones y no podemos negárselas sin perjuicio para ellos y para nosotros. No tengamos ya, pues, el miedo ridículo á la verdad y no temamos llamar en nuestra ayuda á la ciencia, la cual como [se ha dicho, anestesia cuanto toca.»

La opinión de otros muchos pedagogos podría citar en apoyo de que la educación sexual es el mejor medio para inmunizar al niño del contagio de la inmoralidad pública. Esto no significa que debamos descuidar en absoluto el saneamiento del medio ambiente, pero esto no debe ser de la incumbencia del Maestro, sino de las Autoridades, que si en vez de dedicar su atención á mezquinas cuestiones políticas se preocuparan de hacer cumplir las leyes y reglamentos de nuestra legislación vigente, ello bastara á corregir los abusos que en nombre de la libertad se cometen «*en esta propaganda de todos los vicios industrializados*» como muy acertadamente expone la Redacción de CATALUÑA en el preámbulo á las preguntas de su cuestionario.

D. COROMINAS PRATS

Barcelona, Septiembre 1911

Sobre la cuestión del Cinematógrafo y la de la moral de la calle, solicita esta Revista varias opiniones.

Concretamente vamos á dar la nuestra. El Cinematógrafo no es perjudicial al niño: es perjudicial, sí, el Cinematógrafo que se fomenta aquí en España y principalmente el que yo he visto extendido y aplaudido en Barcelona. Pero es perjudicial, de la misma manera que lo es el teatro, que lo es la novela, que lo es el periódico. ¿Quién puede exigirle al Cinematógrafo, á donde generalmente acuden gentes de poca cultura, que tenga una fuerza moral que no tienen ni el drama ni el libro? El Cinematógrafo es una taquilla, ante todo, como es una empre-

sa el teatro, como es una casa editorial el libro, y las alas no se las pusieron á Mercurio en la cabeza sino en los mismos pies.

¿Hemos de alejar de este espectáculo á los niños? ¿Y á dónde vamos á llevarlos? Al teatro, no: los teatros de hombres son peores que el Cinematógrafo; los teatros de niños mueren tan pronto como nacen. No hay en Barcelona jardines para los niños; no hay museos para los niños; no hay nada para los niños. Todo es para los hombres, y lo que es de los hombres—¡con dolor sea dicho!—no puede servir de ejemplo á los niños.

¿Por qué otro espectáculo podría ser substituído con ventaja el Cinematógrafo? Por el mismo Cinematógrafo; como el libro debe ser substituído por el mismo libro; como el teatro debe ser substituído por el mismo teatro. Somos cobardes los españoles y no tenemos valor para combatir el mal: tenemos, talento para saber dónde está, para descubrirlo, para analizarlo luego, pero lo dejamos estar firme para que los pobres de espíritu se envilezcan en él. ¿No hemos dicho que el Cinematógrafo, como el teatro, como el libro, es cuestión de dinero, es cuestión de taquilla? Pues á ocupar esta taquilla los que piensan que el Cinematógrafo no debe ser como es: el Cinematógrafo hace lo que hace hoy, porque hay un público que lo pide, que lo exige, que lo aplaude, que lo paga. Que haya un público que pida lo contrario, y sobre todo, que pague lo contrario, y las películas podrán convertirse en estas proyecciones utilísimas que ilustran las conferencias, las lecciones de viajes, las disertaciones científicas. El niño ve lo malo, porque son los malos los únicos que imponen su voluntad y los únicos que sacrifican su bolsillo; porque los buenos se limitan á censurar, labor negativa, ó á emplear sus recursos económicos en empresas, si no nocivas, inútiles, que es aún labor más negativa.

¿No queda ya con esto limitado también nuestro concepto sobre la moral de la calle? En el Congreso de moralidad celebrado últimamente en Londres, y al que han asistido autores, editores, periodistas, mujeres y clérigos, luego de fijar claramente la significación de la palabra obsceno, luego de resolver en contra la proposición de uno de los congresistas que pedía se solicitara del gobierno la vigorización de la ley existente en la actualidad contra las publicaciones obscenas, ley que se ejerce regularmente en los casos extremos, es decir, cuando se trata de carteles y libros indecorosos que circulan en venta subrepticia; luego de descontar la aplicación de la ley por el peligro de encontrar con intérpretes incultos, se convino por todos en que la acción privada, la acción individual, había de ser la única que podría poner diques á la moralidad.

La acción feminista en Alemania, encaminada á restar contingentes á la trata de blancas; la acción de los Barnardo, de esos moralistas ingleses, que detenían al joven cuando andaba por sendas torcidas y lo llevaban á la Universidad popular del barrio pobre, son dos ejemplos vivos, latentes, no sólo de lo que puede hacerse, sino de lo que debe hacerse, de lo que necesariamente han de hacer las damas y los estudiantes de Barcelona, si quieren que la ciudad sea un honor de los catalanes, sea un orgullo de los españoles.

Nosotros hemos escrito cien veces, que la virtud no está en no hacer el mal, sino, en medio del mal hacer el bien, en exten-

**ENFERMEDADES de la PIEL y CABELLO**

SIFILIOGRAFÍA

Dr. Umbert - Calle Canuda, 26

der, con el ejemplo, con la palabra, con la obra, el bien, el radio del bien, para que todos, aun los más pervertidos, sientan en su conciencia, la necesidad de reformarse, la urgencia de andar por otros caminos.

MARCELINO DOMINGO

### El Cinematógrafo y el ejercicio libre de propaganda de vicios industrializados

*Cinematógrafo.*—Entiendo, por lo visto, que la mayoría de películas cinematográficas perturban la conciencia moral del público, por cuanto nos reproducen ficciones sin sentido común, sin arte, sin enseñanza, fatigando la inteligencia, el corazón y el sistema nervioso, al par que envenenan el alma de la infancia, por sus escenas sensuales, criminales y sugestivas, al punto de no faltar niños precoces que tratan de imitarlas.

El Cinematógrafo debiera únicamente reproducirnos cuanto nos ofrece la Naturaleza en todas sus infinitas demostraciones, cuya gamma es inagotable.

El Cine fué creado para reproducirnos lo bello, lo útil, lo agradable, lo instructivo, lo transferible á futuras edades. Jamás para ayudarnos á pasar un tiempo inútil, sin belleza, sin arte, sin instrucción, de un modo repugnante y fatídico.

Al Cine no deben llevarse los niños bajo ningún concepto, á excepción de cuando las películas reúnan las condiciones apuntadas.

De ahí que las películas del Cine debieran sufrir un control antes de ser expuestas al público, al objeto de rechazar todas las que atentaran contra la moral pública.

El Cine no morirá, por cuanto tiene un campo de acción ilimitado. Está aún en mantillas. Todavía no nos ha apuntado siquiera los episodios sub-marinos, ni los de índole microbiológica, etc.

*Del ejercicio libre de propaganda de vicios industrializados*—Es este un punto de moral pública, difícilísimo para todos. Entiendo yo que todos los gobiernos debieran, con mano fuerte, privar absolutamente toda coacción inmorlizadora, de la misma manera que no permite las coacciones de orden civil, jurídico, económico, político, etcétera.

La provocación en público, de la mujer pública, es un atentado á la moral, imperdonable. Y si lo es para el hombre, con mil motivos lo será más para la infancia. La provocación inmoral en los niños, es un crimen de lesa Patria, por cuanto de un ciudadano que quizás robusto hubiera prestado grandes servicios á la Patria, débil sólo le servirá de carga pesadísima, y, ¡triste del día que llegue al grado de la criminalidad á que conduce esa debilidad obtenida en los momentos del crecimiento!

Finalmente, cuanto á neutralización de la vía pública por donde el niño ha de pasar, para ir á la escuela, para no ser víctima de inmorales coacciones, ó de enseñanzas inmorales, ¿qué duda cabe que esas vías debieran ser sagradas para la niñez que las atraviesa al ir al santuario del saber? El pobre maestro no creo tenga valiosos resortes para evitar esos riesgos, ni es ese su deber. El que está plenamente obligado es el Municipio. El Municipio es el que, velando por la salud material de sus administrados, viene obligadísimo á velar también por la salud moral de los mismos y

en especial por la salud de los indefensos niños.

Los padres, todos, sin excepción, debieran acudir ante el Jefe del Municipio, ante su alcalde, conminándole á que la vía por donde la inválida niñez acude al sitio de su aprender, libre esté de asechanzas inmorales, las que, matando su cuerpo, matan su inteligencia, y así, cuerpo é inteligencia muertos, darán por resultado una infancia, que, lejos de ser útil al hombre, será á éste perjudicial.

Las escuelas públicas debieran estar en puntos alejados de toda posible inmoralidad, para que los niños, que hacia esos templos del saber se encaminan, no se vieran inmoralizados antes de entrar en ellos.

En España, hasta hoy, nadie se ha preocupado de ello. Por esto toca ya los perniciosos resultados de tanta dejadez, inconcebible.

MERCEDES TAPÍS DE FUREST

**A.**—Es evidente que el cinematógrafo tal y como se ofrece como espectáculo para todos, sin selección de películas, es perturbador, casi siempre antiestético y muchas veces inmoral.

No obstante, yo opino que puede tener valor educativo y emplearse como recreo en las escuelas, si se eligen las cintas ó se crea un cine con esta denominación: Cine para niños.

Modificando de esta manera el cine, lo creo aceptable; tal y como existe opino que debe alejarse á los niños de este espectáculo.

Creo muy conveniente enseñar á los niños á divertirse y no me parecería mal sustituir el cine con las tertulias ó *soirées* de niños, tal como se practica en Inglaterra y Alemania.

Los niños son recibidos por condiscípulos de las clases más adelantadas, ó por antiguos alumnos de las escuelas en un local amplio, espacioso, alegre, bien ventilado y si el tiempo lo permite en un patio ó jardín, al aire libre.

Una música sirve de introducción á la fiesta infantil y luego comienzan los juegos realizados por grupos y con entera libertad. Unos dibujan, otros edifican, en un grupo oyen contar ó leer una historieta interesante, en otro se entregan á juegos bulliciosos, cada uno elige lo que más le recrea.

Á poco de encontrarse juntos los pequeños contertulios, se observa brillantez en sus ojos, color en sus labios y mejillas y alegría en sus rostros. La expansión y la confianza reinan por doquier.

Unos comités especiales dirigen y aportan los ingresos necesarios para estos pequeños gastos. Los amigos de la infancia, que abundan bastante, adicionan como grata sorpresa, en ocasiones dadas, una función dramática, un juego de prestidigitación, una linterna mágica, una merienda, un te, unos dulces, etc.

Esta obra educativa y meritoria llevaría como un rayo de sol á la vida sombría de los niños pobres.

**B.**—Considero de urgente necesidad poner algún dique á la inmoralidad de la calle. La defensa moral del país se impone por medios más bien educativos que represivos.

No está en las cárceles el remedio del mal que lamentamos, sino en la previsión, buscando la manera de sustraer á los niños del contagio.

Las Juntas de Protección á la Infancia,

legalmente establecidas en todas las capitales, pueden hacer mucho en este sentido si cumplen fielmente lo que les prescriben los reglamentos vigentes.

Para la mayor intensidad de la acción moralizadora podían organizarse Comités de patronato que actuaran en un radio relativamente pequeño y estuvieran formados por los maestros del distrito, algunos padres de familia y el Juez municipal.

Por medios suaves unas veces y coercitivos otras, (interviniendo el Juez) podría imponerse el respeto al niño apartando de su vista y oído cuanto pueda corromperle.

MARÍA CARBONELL SÁNCHEZ

Valencia, 13 de Noviembre de 1911.

Nuestra burguesía, nuestra clase media, no sé si es lo suficiente elevada para dar una campaña contra la literatura inmoral y la pornografía. Decía un gran apóstol moderno que para sacar á uno del lodo, primero hay que empezar por estar en tierra firme. Y nuestra gente está saturada de pornografía: se refocila hablando de ella, hasta en lugares que deberían ser *neutrales*. Yo he formado parte, en Barcelona, de varias juntas y comisiones oficiales, con señores mil veces más serios y respetables que yo mismo, y en todas ellas me ha perseguido el eterno estribillo. Se subrayan las palabras más insignificantes; con cualquier pretexto se deriva la conversación hacia las licenciosas carcajadas y las alusiones picarescas. Una campaña semi-oficial con estos señores, en nombre de la moralidad, no creo que dé otro resultado que obligarles á mayor compostura...

Afortunadamente esta acción entre nosotros no ha sido todavía empezada. Se puede emprender con pureza sin ningún mal precedente. Pónganse Vdes. en relación con la gente que trabaja desde hace años en lo mismo en que ustedes quieren trabajar. En Burdeos hay la delegación francesa del «Comité contre la littérature immorale». No expresa este título todo el bien que aquella gente hace. En Ginebra se publica un «Bulletin abolitioniste». Tampoco el título da idea de lo que es. Hay una información mensual de lo que se hace por todo el mundo silenciosamente. Yo me enteré de la existencia de este «Bulletin» en Madrid. Hay gente allá, que lo reciben hace años aunque no les haya producido grandes efectos. En cambio en Barcelona, sin haber llegado nunca, han llegado los efectos, moviendo á las almas sinceras y empujándolas á hacer algo. Que Dios les ayude; ¡no les puedo decir nada más! y que en esto no sean ustedes periodistas, sino hombres de corazón.

JOSÉ PIJOÁN

Roma, 23 de Noviembre de 1911.

(Extracto de una carta particular.)

1.—Estimamos la cuestión de la Moral en el Cinematógrafo, como un problema análogo al que se ha presentado en la Moral del Teatro.

Considerando de difícil sustitución aquél espectáculo, á causa de su extraordinaria baratura, opinamos que, á donde deben dirigirse todos los esfuerzos de los moralistas, es á lograr que no se exhiba ninguna película sin previa sujeción á un control especial, rígido y severo, que no permita la exhibición de escena alguna inmoral, ni otra cualquiera que por la índole de su argu-

mento, pudiera ser deprimente para el ánimo del espectador; control al que deberían sujetarse con máximo rigor las atracciones que suelen acompañar á las proyecciones cinematográficas, la inmensa mayoría de las cuales resultan obscenas ó estúpidas y chabacanas.

II.—Los niños deben ser apartados del Cinematógrafo, aún ofreciendo este las condiciones apetecidas, ya que, tanto para la formación de su cuerpo, como la de su espíritu, requieren otros pasatiempos, al aire libre ó en el seno del hogar; á más de que no necesita el niño convertido en espectáculo de un pretexto de reunión lo cual unido á lo económico de su precio ha sido causa principalísima de que arraigase el Cinematógrafo, llegando á ser imprescindible en las poblaciones secundarias.

III.—Para los partidarios á todo trance, de la abolición del Cinematógrafo, les recomendamos el restablecimiento, con todo su esplendor, de las antiguas y tradicionales diversiones populares de nuestras comarcas. Hemos comprobado en distintas poblaciones de La Selva y el Ampurdán, que únicamente han logrado quitar público del Cinematógrafo, los audiciones de sardanas en la plaza pública que atraen la muchedumbre, la cual se divierte y se tonifica con las airoas armonías y los rítmicos movimientos de nuestra danza nacional.

IV.—Debería revestirse al maestro de autoridad pública, con poder coactivo, para exigir el cumplimiento de los artículos del Código Penal que castigan las ofensas á la Moral, expurgando las calles afuentes á su escuela de toda clase de excitantes inmorales.

V.—Pero no aceptamos la jurisdicción única del maestro, porque si el escándalo público está ya penado por las leyes, bastaría con que los agentes de la autoridad cumplieran su obligación, sin necesidad de esa jurisdicción que se quiere otorgar al maestro: pero sucede, las más de las veces, que los agentes de la autoridad, que deberían velar por la limpieza moral de las calles, son hombres corrompidos que se desentienden de sus deberes. Lo mismo podría acontecer con los maestros, ya que, desgraciadamente los hay que son hombres degenerados. Por eso, somos partidarios de la creación de una Junta ó Patronato, de lo cual debería formar parte el párroco ú otra persona eclesiástica, que fuese la encargada de exigir el maestro el exacto cumplimiento de su misión, desempeñando, por consiguiente, éste, una función ejecutiva, en virtud de la autoridad de que se le hubiera investido.

J. BOSACOMA Y POU

Gerona, octubre 1911.

### I.—La Moral Pública

Señal de los tiempos... Una revista de Barcelona—CATALUÑA, revista semanal—que, en todos sus números y en sección fija, viene tratando «La cuestión de la moral pública», ha abierto ahora una información sobre dos puntos de ética social muy discutibles y que interesa mucho ver discutidos: el primero, se refiere al Cinematógrafo, y el otro, á la moralidad en la calle.

Sí; es una señal de los tiempos. El siglo XIX murió impenitente en su positivismo, su historicismo, su naturalismo, su realismo. Pero nuestro siglo XX inicia una reacción en favor de la filosofía, en favor de lo racional contra lo histórico, en favor de lo cultural contra lo natural y de lo ideal contra lo real. Si al siglo pasado le interesaba lo que es, el presente vuelve á preocuparse por lo que debe ser. Para aquél, los problemas sociales y políticos eran fundamentalmente problemas económicos; para el siglo XX, son, en su esencia, problemas morales.

Un aspecto de esto es la atención que se consagra á todas esas delicadas cuestiones de la vida sexual. No sólo temas que pueden desenvolverse sin reparo, como el de la moralidad en los cines y el de la moralidad de calles y callejuelas, sino otros harto más escabrosos suscitan hoy la publicación de centenares de volúmenes y de millares de artículos. Solamente los libros consagrados, no sé si con acierto, pero sí con la mejor intención, á explicar «lo que debe saber el niño» acerca de tan resbaladizos asuntos, formarían una verdadera biblioteca. Al silencio, un tanto convencional, de otros tiempos, ha sucedido el amplio estudio científico con todo lo que la ciencia tiene de desnudez y de libertad, pero también de casta y noble austeridad.

No puedo yo olvidar, sin embargo, lo que le pasó al Dante cuando, después de haber atravesado sin mancha ni dolor los sucesivos círculos del Purgatorio, llegó al séptimo y último, donde se castiga el pecado de la carne. De allí no puede pasar sin quemarse en un río de fuego. El poeta, que ha ido viendo de cerca todos los vicios, sin sufrir sus males, no consigue bordear incólume el río del círculo de la lujuria y ha de abrasarse, pobre mortal, en sus olas ardientes.

Pero, en fin, repitamos con San Pablo, que todo es puro para los puros.

Por lo que se refiere al Cinematógrafo, no veo que lleve en sí ninguna inmoralidad esencial é inevitable, aunque la revista á que antes me he referido recuerde que se le acusa de perturbar y disolver lentamente la conciencia moral del público, de excitar morbosamente el sistema nervioso de los

asíduos espectadores, de envenar el alma de los niños, infiltrándoles con alarmante persistencia sugerencias de índole sexual y criminal.

Cada cosa nueva, cada descubrimiento que haya permitido mayor intensidad en las emociones y más refinamiento en las costumbres, ha provocado al principio una reacción de protesta por parte de los moralistas tradicionales. Al otro lado del estrecho de Gibraltar, ulemas, jefes, morabitos y demás doctores de la ética mogrebita, condenan por inmorales el automóvil ó el telégrafo.

A propósito de ese problema del Cinematógrafo, hay escritor que ha defendido la tesis de que es esencialmente inmoral y no puede dejar de serlo. Lo mismo se dijo, en otras épocas del teatro. En España se trató de prohibir en absoluto los espectáculos teatrales, como se quiso prohibirlos en Inglaterra, cuando la reacción puritana, si no recuerdo mal. Si ese moralismo antiestético que, en oposición á la idealidad helénica, para la que belleza y virtud se confundían, y que trata de hermanar la virtud con la fealdad, hubiese triunfado en España y en Inglaterra, Calderón no podría ser representado en su patria ni Shakspeare en la suya.

Y ya que hablo del teatro, diré que, á mi juicio, lo que está desviando un tan admirable invento como el Cinematógrafo, es que va substituyendo la reproducción de las cosas vivas por la de las farsas teatrales. Escenas de la vida real en países remotos, actos importantes y que muy poca gente ha podido presenciar, movimientos sociales sorprendidos por la fotografía en sus fases de mayor interés, hombres célebres, cuadros de viaje, costumbres; todo eso va quedando relegado á segundo término, cediendo el sitio á unas cuantas mascaradas folletinescas, dispuestas y combinadas previamente para su presentación en el Cinematógrafo.

La tramoya ha suplantado á la vida. El «cine», como decimos por aquí, ó el «cinema»; que dicen más allá de los Pirineos, no ofrece á los espectadores fragmentos interesantes de la realidad, que no lograrían fácilmente conocer, sino que les divierte plebeyamente con dramones ó payasadas, que podrían ver mejor en cualquier escenario.

Y cuando las generaciones venideras recojan como reliquias arqueológicas las películas de nuestros días buscando en ellas evocaciones históricas, no encontrarán los ademanes de los grandes hombres, ni los grandes hechos, sino las aventuras, venturas y desventuras del inagotable *Tortolín*.

Es una manifestación más de un mal general que podríamos llamar el «histrionismo». Interesan más las tablas y las bambalinas que el mundo verdadero. La misma vida real atrae por lo que tiene de comedia:

MOSAICOS												E												F												ESCOFET & C											
Ronda						San						Pedre						8.						Barcelona																							
Mármoles						Piedras						Maderas						Construcción						Decoración																							

Joaquín Montaner

Sonetos  
— y Canciones

■ ■ ■

Un tomo de 64 págs.—Dos Ptas.  
J. Horta, Impresor.—Barcelona, 1911

la política entretiene y apasiona por lo que representa de histrionismo...

Pero no moralicemos. Pongamos punto, y quédese para otro número el tema de la moral en la calle. No sea que con esos discursos de  *censor morum*  incurramos en el mismo defecto que combatimos. En *Ética*, como en todo, «la vida enseña», y no los sermones.

## II.—La moralidad de la calle

«En nuestras calles se ejerce la libre propaganda de todos los vicios industrializados»...

No te asustes, discreto lector, que no es un sermón lo que te empiezo á transcribir. Déjame continuar... Pero, antes, permite que te cuente un sucedido.

Un buen señor alemán, pastor protestante, que ejerció cargo en la embajada de su país de esta corte, salía una tarde de paseo con su hijo. Le iba haciendo al muchacho graves reflexiones sobre la conducta que en determinado asunto debía seguir. El muchacho, que no pasaría aún de los diez años, iba como distraído, hasta que, de pronto, levantó la cabeza y dijo vivamente:—Pero ¿esto es verdad padre? yo creía que predicabas.

Conste que no predico, lector benévolo, y fíjate sólo en si lo que voy á decirte es ó no es verdad. Sigo copiando:

«Desde la mujer pública, que libremente pasea á todas horas, hasta el anuncio de obscenidades escénicas, libremente expuesto en todas partes, pasando por una inabarcable gradación de sugerencias, el ciudadano padece una verdadera *coacción de inmoralidad*. Si esta supremacía de excitaciones viciosas, proporcionadas siempre con fines lucrativos, es perjudicial para el adulto, es fatalísima para el niño, forzado á atravesar los dominios del vicio para acudir á la escuela.»

Así plantea el problema de la inmoralidad en la calle, la revista española á que me referí en otro artículo dedicado al *Cine-matógrafo*. Ha abierto, como dije, una interesante información sobre estos temas, recibiendo contestaciones de personas que militan en bandos muy opuestos, y entre ellas,—otra señal de los tiempos—de algunas señoras.

Pero, como moralizar la calle? Como *neutralizarla*, por lo menos, desde el punto de vista del decoro público?

«Si nos fundamos en el hecho de que la inmoralidad de la calle corrompe á los niños y deshace ó perturba la sacratísima labor educativa del maestro, ¿podríase legalmente conceder [á esto] jurisdicción sobre las calles que circundan su escuela para la limpieza moral de las mismas?»

Por mi parte, dudo mucho que encontremos, hoy por hoy, una forma eficaz de realizar este pensamiento. Ni la jurisdicción única del maestro ó mancomunada ni otras instituciones análogas, confío en que servirán para gran cosa en la práctica. Un poco más confío en los mismos niños, cuya candorosa indefensión les defiende mejor de lo que parece, contra tantas cosas equívocas como se reflejan en sus ojos claros y limpios.

Es, sin embargo, muy digna de ser subrayada esa nueva orientación. Hasta hoy, cuando se hablaba de perseguir la inmoralidad callejera, se pensaba en el policía: ahora se piensa en el maestro. La sustitución responde á un cambio en todo el sistema de las ideas. Al Estado-policía—*l'Etat-gendarme*—ha sucedido, en el espíritu mo-

derno, el Estado-maestro. Parecía antes que la función esencial del Estado consistía en asegurar jurídicamente el orden público: hoy parece más bien que su misión primera es la educación.

Y la propuesta de esa nueva jurisdicción, de ese *fuero de paz* concedido al maestro, tiene otro aspecto igualmente interesante. Se tiende á que la acción del maestro salga fuera de la escuela. Tendencia general contemporánea que se manifiesta en multitud de obras é instituciones extraescolares.

Ya lo decía Pezzalozzi: La cuchilla que separa la cabeza del tronco en el ajusticiado, no es tan cruel como esa separación entre la escuela y la vida. Resulta todavía en nuestro tiempos. La vida libre social es poco educadora: la escuela es poco social, poco libre, poco viva.

La escuela y la calle son dos mundos separados, antagónicos, defectuosos ambos. ¿Que pensará el niño? En la calle, la más triste inmoralidad; en la escuela, una moral sin aire de la calle, una moral de moralejas convencional, seca, también triste. Hablo en términos generales y con todas las salvedades que son de rigor. Si la acción de la escuela se desborda hasta la calle, ganará la calle, pero no ganará menos la escuela. Ya no basta que los maestros digan con el Maestro: «Dejad que los niños vengan á mí.» Nuestro siglo sale en busca de los niños.

Si cada uno de nosotros se pregunta lealmente: ¿Que debo á la escuela, desde la de párvulos hasta el Doctorado? ¿Que debo á la calle, á la vida libre, desde las faldas de mi madre hasta lo que ahora leo, oigo y veo en los periódicos, en el café ó en el teatro? Creo que casi todos responderemos que las ideas más vivas, las preocupaciones más intensas, los sentimientos más consolidados en el carácter, no provienen de la escuela sino de la calle.

Si yo pudiera tener en mi mano derecha la dirección espiritual de todas las escuelas de España, y en mi mano izquierda la de todos los teatros y periódicos, mi primera mirada sería para la mano izquierda. ¿Por qué, pues, no atendemos á la calle, considerándola como un factor esencialísimo en el problema de la educación nacional?

Quizás la escuela del porvenir sea sólo una especie de laboratorio donde los muchachos adquieran los instrumentos del trabajo intelectual y aprendan á trabajar. Pero el trabajo propiamente dicho, la adquisición de la cultura, eso se hará en la calle.

¿Como habrá de ser la calle entonces? Pensad en teatros al aire libre, periódicos repartidos á todo el mundo, museos, jardines, campos de juego, organizaciones sociales, monumentos, actividad pública... Pensad en ciudades de las que sólo fuese un torpe atisbo aquella Atenas «baluarte de la Hélada, muro divino coronado de violetas», en cuyas columnatas de marmol los hombres hicieron de su propia vida una mara villosa obra de arte.

LUIS ZULUETA

De «*Nuevo Mundo*», Madrid.

A.—I. Dada la situación actual del cinema que no realiza misión estética ni moral y es sugestión malsana permanente, precisa fomentar la abstención. Un control de autoridad en cualquier forma que se propusiere, no sería eficaz para imponer á la *industria de la diversión* el ideal elevado que debería regenerarlo; pero es necesaria la intervención vigilante de aquélla para imponer un

mínimum de moralidad, que impidiere todo ultraje á la honestidad y á las instituciones esenciales de la recta vida humana. La no utilización de los cinemas perjudiciales, propagada en forma pública de censura social ejercida por una de tantas Ligas moralizadoras, sería el mejor medio de una regeneración progresiva hasta conseguir el ideal.

II. Á los niños les debe ser en absoluto prohibida la asistencia á los espectáculos de los actuales cinemas: son para ellos escuela de viciamiento que llena de todas las sugerencias del mal su alma virgen, perturbando su formación espiritual. En cambio debe fomentarse su uso como enseñanza plástica y deleitable de las cosas.

III. El cinema difícilmente se podrá substituir en la actualidad. Conviene más su utilización como fomento de cultura transformándolo en medio de vulgarización artística y científica é ilustración gráfica de la vida y de la naturaleza, orientado siempre con misión espiritual. Pero debe laborarse intensamente para que no sea el único solaz de las muchedumbres, devolviéndolas por medio de una mayor cultura de espíritu, á las fruiciones intensas de la naturaleza, del arte y la religión.

B.—IV. La coacción de inmoralidad ejercida en la vía pública por toda clase de incentivos de obscenidad, tiene que desaparecer por la acción mancomunada de la autoridad, el maestro y los padres de familia. La exposición permanente que de la prostitución y la pornografía se hace en las calles, debe ser implacablemente perseguida como defensa de la ciudadanía por la acción legal de la autoridad, estimulada y cooperada por las instituciones que realizan fines sociales.

V. Es ciertamente la más justa la orientación de fortalecer la personalidad del maestro y darle jurisdicción efectiva para sanear las calles que rodean la escuela con el fin de libertar á los niños, de la corrupción de la vía pública, que anula ó perturba la acción educativa. La creación de consejos de barrio, compuestos de elementos de intervención espiritual, podría ser la mejor forma para cooperar á la acción de la autoridad y del maestro en la tarea de moralizar la calle.

LUIS CARRERAS, PBRO

De la revista «*El Mensajero del S. Cor de Jesús*» (artículo «*La crisis moral y el espiritualismo cristiano*».)

## Conclusiones (\*)

B.—IV. Puede concederse al maestro la propuesta jurisdicción en sentido de peritaje ó *referendum*, salva siempre la jerarquía social y el respeto debido á los derechos de los padres de familia y de la autoridad pública, eclesiástica y civil.—V. Cualquiera intervención sería insuficiente, á no partir de un acuerdo firme sobre el criterio de la moralidad y sobre la balanza de la responsabilidad, garantidos, además, por sanciones eficaces, no sólo en el foro externo, sino también en el foro interno. Admitido este supuesto, es necesario mancomunar con la intervención del maestro la iniciativa privada y pública; de las autoridades competentes y ciudadanos honrados, y especialmente de las personas más discretas, celosas é interesadas en la prevención y represión de la inmoralidad callejera: padres de familia,

(\*) El artículo que razona estas conclusiones se publicará en otro número.—La contestación á la cuestión A. se publicó en el número 218.

que al efecto pueden organizar asociaciones, sacerdotes, médicos, juristas, artistas, publicistas... Pueden concurrir á las obras escolares y post-escolares de perseverancia y preservación, consejos de barrio, juntas parroquiales y municipales, patronatos de la infancia y de la juventud, concursos de premios á la virtud, servicios de vigilancia cívica y política, obras de profilaxia sanitaria y moral, tribunales para niños, instituciones benéficas y sociales de protección, asistencia y rehabilitación de los menores, de fiscalización y represión de los delitos y de persecución de las agencias y empresas industriales de la inmoralidad.

JOSÉ M.<sup>a</sup> BARANERA  
De la «Asociación de Eclesiásticos  
para el Apostolado popular.»

\* **A.—I.** No es censurable el Cinematógrafo, pero sí la degeneración de este espectáculo en manos de explotadores.

**II.** El niño no saca provecho alguno. Al contrario, sufre perturbaciones anímicas.

**III.** El Cinematógrafo puede ser instituido por la obra misma de la naturaleza. Es preciso, sin embargo, fomentar la reconstitución del teatro para la verdadera educación popular.

BERNABÉ MARTÍ Y BOFARULL  
Tarragona, 30 noviembre 1911.

**A.—I.** El Cinematógrafo parece ser inseparable de la exhibición de películas malas. Sería negativo controlarlo ó proyectar exclusivamente temas morales, pues se desnaturalizaría.

**II.** Resulta, por lo tanto, inconveniente la asistencia de los niños al Cinematógrafo.

**III.** El sport debe sustituir el Cinematógrafo con preferencia como también las audiciones musicales populares, y especialmente, el teatro.

**B.—IV.** Me adhiere á la idea de la formación de juntas de barrio con representación de todas las clases sociales, manteniendo relaciones estrechas con la autoridad y con los Maestros.

**V.** Veo mejores resultados en la jurisdicción mancomunada del maestro y el padre de familia. Además, una junta municipal pedagógica estética podría ejercer una especie de supervisión.

L. FIGUERAS DOTTI

Barcelona,

**A.—I.** Hay que aprovechar el Cinematógrafo, no alejarlo.

**II.** Si se transformara en procedimiento de enseñanza, la asistencia de los niños sería provechosa.

**III.** No puede reemplazarse sino, en todo caso, por los deportes.

**B.—IV.** El maestro no disfruta de bastante ascendente social para ejercer jurisdicción en la calle. Aunque se le concediese legalmente este derecho, no conseguiría obtener el ideal propuesto.

**V.** El exacto cumplimiento de las Leyes ya existentes podría quizá lograr la moralización de la vía pública.

MERCEDES PADRÓS DE JOU  
Maestra Pública

(\*) A partir de esta contestación la falta material de espacio nos ha obligado á dar extractos de las respuestas recibidas, para poder terminar de una vez en este número, la publicación de informes.

**A.—I.** No debe intentarse el alejamiento del público. El Cinematógrafo reúne grandes ventajas de comodidad y baratura que no hay que despreciar. Es imposible moralizarlo por medio de un control, pues las autoridades gubernativas son impotentes ya para reprimir otros escándalos, como los cafés-conciertos.

**II.** No debe alejarse á los niños. El Cinematógrafo puede ejercer benéfica influencia en ellos. Habría, sí, que establecer sesiones especiales para niños.

**III.** Pudiera tal vez sustituirse con el teatro para niños, en que éstos discretamente colaborasen.

**B.—IV.** Encuentro difícil la jurisdicción del Maestro sobre las calles circundantes á la escuela. Esto equivaldría á ejercerla sobre toda la ciudad. No habría quien les concediese tales atribuciones, que muchos juzgarían arbitrarias.

**V.—** Se pudiera formar una Liga de Padres y maestros que enérgicamente solicitara de las autoridades la supresión de anuncios inmorales en la vía pública, ó de cuanto despertase prematuras malicias en la niñez.

ELVIRA CASABLANCA

**A.—I.** Conviene favorecer aún más la concurrencia al Cinematógrafo, por ser fácil medio de educación. No hay más que un medio para contrarrestar sus extravíos: oponer el Cinematógrafo bueno al malo. No tenemos fe en la restricción.

**II.** Tampoco los niños han de ser alejados. Debe tenderse á la creación del Cinematógrafo infantil.

**III.** Tiene el Cinematógrafo su radio de acción peculiar, que por nada podría substituirse.

**D.—IV.** Es peligroso conceder jurisdicciones especiales á ningún cuerpo de la sociedad, pues no deben regir otras leyes que las comunes. Los maestros no han de ser policías en las calles. Una cosa tiene derecho á pedir el profesorado: que por la calle no merodeen niños golfos, principal causa de inmoralización para nuestros alumnos.

**V.** ¿Más Juntas protectoras de la infancia? Los maestros estamos entristecidos de tanta inútil burocracia. Lo que importa es fundar Escuelas de verdad. En todo caso, de proyectarse una Junta municipal pedagógico-estética, deberían integrarla maestros, padres de familia y autoridades.

L. JOU Y OLIÓ  
Maestro Público

Barcelona, 4 noviembre 1911.

**A.—I.** En la imposibilidad de lograr completo alejamiento, sería de urgente necesidad la previa censura.

**II.** Debe alejarse por todos los medios, á los niños. La prohibición de este espectáculo podría ser adición necesaria á la Ley de Protección á la Infancia.

**III.** Como espectáculo popular, no existe ninguno que pueda sustituirle. Conviene que los padres estimulen la afición por los sports. En las escuelas deberían fomentarse las obras post-escolares.

**B.—IV.** Sería de gran utilidad conceder ciertas jurisdicciones al Maestro para subsanar las omisiones de los reglamentos de higiene y moral pública actuales.

**V.** La jurisdicción del Maestro debería ser única, pero deberían estar interesados los padres de familia por medio de una junta. Las juntas por sí solas no hacen nada.

CARMEN SERRA DE MONTANER  
Maestra Pública

Barcelona, 5 noviembre 1911.

El Cinematógrafo actual es inmoral, es anti-estético, es degradante y es disolvente del verdadero espíritu social. Lo prueba el más sencillo análisis de las películas que se representan, salvo las puramente de información. Niños y jóvenes inocentes son los espectadores ávidos de las mayores malicias. El exceso de cinematógrafo atrofia la inteligencia, pervierte la voluntad, da la dirección de toda la vida psicológica á la imaginación y al sentimiento, extrema la intervención de la sensibilidad emotiva en la vida moral, y crea hábitos y costumbres contrarios absolutamente al espíritu cristiano. Temibles trastornos psico-físicos son las consecuencias nada satisfactorias que preparan para el porvenir de su persona ó de su familia un gran número de los que frecuentan el cine inmoral.

El cinematógrafo debería ser una escuela de artes, ciencias y costumbres, tiene una misión importantísima en la sociedad contemporánea. Puede obrar grandes transformaciones sociales. Su misión pedagógica principal debe ser educar la imaginación dándole una orientación artística y práctica. Los objetos y las formas más convenientes del cinematógrafo deben ser todas las que mantengan alto el prestigio de la verdadera Estética, y lo noble, heroico y elevado de la vida humana. Hay que tener en cuenta especialmente la guerra poderosa del contagio, ó sea de la influencia moral, de la sugestión de las ideas, la fuerza irresistible de la imitación, para que pueda ser aprovechada para el Bien.

P. FRANCISCO DE BARBENS

Síntesis del artículo «Los problemas pedagógico y moral del cine», publicado en la Revista de Estudios Franciscanos y que reproduciremos íntegramente en otra ocasión.

## Apéndice

# Ortopedia moral

Aquel cuento aragonés, tan sencillo que se contiene en siete palabras no completas; —¿Usted no se mareó?—¿Yo? ¿Pa qué?— contiene, bajo sobre haz de chabanía, un aticismo de suprema elegancia, como es elegante siempre la austeridad.

Pero es, además, una fuerte lección de moral de hombres, la cual, repetida, se hace moral de pueblos; es la lección de la

fortaleza contra el dolor; es el arte de bastarse á sí mismo en la adversidad.

Entre el clasicismo atildado y de estrechos cánones, y el romanticismo sentimental, facultado para toda traza de licencias, á título de licencias poéticas, el aragonés, inconsciente, pronuncia su instinto por lo clásico y contra lo romántico; por eso nuestra jota no gime como el canto anda-

luz, ni medita como el gallego, ni divaga como la playera; por eso acá el dolor es más concentrado, y el placer ¡menos ruidoso, y aun el amor adolescente no sabe hacer locuras, ni siquiera el «hombre de sociedad», tipo exótico, entre nosotros se halla, dentro de nuestro ambiente, con bastante acometividad para sus evoluciones insubstanciales.

Seguro está el carácter aragonés contra toda acechanza en los núcleos montañoses de nuestro Aragón; no tanto en los pueblos de ribera, tributarios irremediables de la cultura civitatense; pero su mayor peligro finca en esta Metrópoli aragonesa, la cual, si en lo estratégico jamás ha sido plaza fuerte ni se halla en vías de ser campo atrincherado, en lo social es, cada vez más, lugar abierto á toda clase de enemigos de nuestra raza.

Como á los niños les entra la seducción por la laminería, que es una sollicitación de apetito sensible, al pueblo, que por la inconsciencia es niño, le entra la seducción por el deseo de emociones que es otra sollicitación de igual naturaleza; y de este género es la educación que hoy recibe el pueblo de Zaragoza, sitiado por la sensiblería mediante los periódicos, las manifestaciones públicas y los espectáculos.

Prescindo de la prensa que nos refiere con todos los posibles detalles, mas algunos detalles imposibles, todo lo emocional que, con valor de noticia, corre por el mundo; prescindo de demostraciones callejeras inoportunas que nos hacen poner tapices en los balcones y sacar músicas por las calles, cuyo efecto se disipa un día después con la impresión de un combate desgraciado: otro día trataré de eso; hoy quiero iniciar una campaña contra los espectáculos morales; pues los inmorales bastantes adversarios tienen, además de su propia inmoralidad que, primera de todos, trabaja contra ellos mismos.

He visitado en Zaragoza dos Cinematógrafos, creo que no hay más; en varias sesiones de días próximos, he tenido que alabar de ellos la variedad de películas; ni una sola me ha tocado ver dos veces; la variedad también de los estilos; en cada sesión las había de todo género; la riqueza de su composición; eran fastuosas; la depuración de toda inmoralidad,—ó sea de todo desnudo provocativo y sus conexos,—parecía que había actuado en ellas la previa censura.

Sin embargo, cada vez, he salido tan asqueado y tan escandalizado de esas visiones—pues no son audiciones precisa-

mente, no obstante la ríspida explicación de algunas por un invisible cronista—que no hubiese repetido la visita, si á ello no me forzaran mis propósitos de observador.

Y el motivo de mi escándalo y de mi repugnación es esto; que todas las películas que he visto son muy morales; así las llama la gente; así lo reconocían con sus hechos muchos espectadores cuya delicadeza moral reconozco; pero analizadas, ofrezco probar como esa moralidad, que la opinión habitualmente sensata les afirma, no es de buena ley.

Dejo por excepción única las vistas de lugares y de operaciones profesionales auténticas; éstas son la parte verdaderamente realista del Cinematógrafo, y constituye la mejor lección de cosas para ilustrar al pueblo tan gratamente que no nota, con lo atractivo del espectáculo, la pesadez de una lección.

Ya no transijo con la final película de jocoso barullo, equivalente á la pieza cómica de nuestras funciones de declamación, cuando es trágica la principal. La chabacanía jocosa y aun chistosa no deja de ser chabacanía, y, por serlo, mal-educada, dando como límite en lo grosero; los políticos, que andan demostrándonos con datos numéricos como en España sobran frailes y monjas, no se han dado cuenta, quizá por ser algunos parte interesada, de que en España sobran chistosos, plaga funesta, principalmente de lo inferior de la plebe, pues no hay más feo contubernio que el del ingenio y la incultura.

Pero todavía son peores las dos ó tres películas trágicas, que, por término medio, corresponden á cada sesión; todas muy morales, hasta cierto punto; allí hay conatos de seducción, de todo género de violencias, ataques de bandidos, explosiones, llamas, dolores, guerras, pestes, asolamientos, fieros males; todo el catálogo mortífero que ensartó Fray Luis de León, y algo más; pero por una serie de inverosimilitudes que el público excusa fácilmente, salen, en pocos minutos y después de muchos trabajos, el vicio castigado, el delincuente arrepentido y la virtud triunfante: todo el ideal de un Profesor de Retórica en 1845.

Prescindo de que, en el curso de la trama, existen muchas veces detalles y situaciones tan dignas de censura como las escenas plásticas. *La casta Susana* ó la letra procaz de *La Corte de Faraón*; ya he dicho que dejaba esta labor á los habituales y honorables procuradores por la moral de los espectáculos; «aquellas despiertas centinelas de nuestra fe...»

Pero aun que tal no sucediese, aquel cómo artificar situaciones trágicas y resolverlas á satisfacción completa del justiciero y caritativo público espectador, no excusa la más honda inmoralidad del espectáculo, que es cabalmente el abuso de lo pasional.

Es cierto que somos aragoneses; pero es cierto que también somos algo meridionales; que no todo lo aragonés tiene la graduación de entereza de las gentes de montaña; que la gente de ribera es apasionada é impulsiva; que el país de Rioja, nuestro vecino de occidente, es tierra de delitos de sangre; que la orilla del Ebro, aun dentro de Aragón, le va poco en zaga; y cualquiera que sobre esto reflexione comprenderá que, si queremos inhibirnos en contribuir á delitos y á desbarajustes sociales causados por una indiscreta exarcebación pasional hemos de evitar cuanto podamos, esos fomentos emotivos que, cada día, mediante la rapidez de la exhibición, la baratura del espectáculo y la multiplicidad de lugares y turnos, conmueven reiterada é intensamente á muchos miles de convecinos ¡nuestros y de forasteros de nuestra ciudad, los más, aragoneses.

La conciencia del deber y su imperativo tienen el mayor peligro de fracaso en la emoción; un hombre emocionado se halla tan propenso á la cobardía como á la temeridad;—el temerario no es sino un cobarde que huye hacia el enemigo—ese constante socavar en nuestra fortaleza debemos evitar, resistir, combatir, perseguir, aniquilar si pudiésemos. Nuestro carácter es nuestro tesoro y hemos de defenderlo á todo trance; huyamos, hagamos huir á nuestra gente de lo chocarrero que rebaja, de lo emotivo que trastorna; sea todavía nuestro programa étnico:

—¿Usted no se ríe? ¿Usted no se conmueve?

—¿Yo? ¿Pa qué?

JUAN MONEVA Y PUJOL

(De la revista *Aragón*, Zaragoza.)

Langenscheidts Taschen-Wörterbücher

der

Katalanischen und deutschen sprache

Erster Teil

KATALANISCH - DEUTSCH

verfasst von PROF. DR. EBERHARD VOGEL

Berlin-Schöneberg—Langenscheidtsche Verlagsbuchhandlung.

Madrid—Adrián Romo.

Barcelona—Librería internacional de Pablo Schneider (Rambla de Cataluña); Librería de Mariano Roig (Condal, 8).

Precio neto: 2 Mks.

—EMPRESA DE POMPAS FÚNEBRES—

# LA EGIPCIA

SOCIEDAD ANÓNIMA

La más importante de España—20 sucursales con teléfono—Central: Pelayo, 44, teléf. 1, 113 ♦ ECONOMIA VERDAD EN LOS PRECIOS

**Importante:** La Egipcia es la única funeraria que posee Cámara de Desinfección, no sirviendo artefacto alguno sin que sea previamente desinfectado.—NOTA: Esmerado y rápido servicio tanto en la Capital como fuera de ella.

Los Automóviles =

# Hispano

=

# Suiza

:: TRIUNFAN ::

en cuantas pruebas

= toman parte =

# La Hispano Suiza

Carretera de Ribas - 279 - BARCELONA

27 rue Cavé (Levallois Perret) - PARIS

# GASTROL

## MIRET

El Gastrol Miret es, sin duda, la mejor entre todas las preparaciones destinadas a curar las enfermedades del aparato digestivo. En efecto, sea cualquiera la causa, alivia enseguida y cura pronto y bien, por rebeldes y antiguas que sean y aunque se hayan resistido a otros tratamientos, todas las enfermedades y molestias del

## Estómago é Intestinos

Absolutamente inofensivo, es un remedio que por sus efectos rápidos y segurísimos se recomienda él mismo, y cuyas maravillosas virtudes alaban con entusiasmo en todas partes cuantas personas le conocen. La compra de un frasco reporta un gasto muy pequeño y, en cambio, proporciona la satisfacción de haber encontrado un buen remedio.

A VISO: Cuantos lo deseen recibirán gratis un librito muy interesante para todos los enfermos del estómago é intestinos.

Frasco, 3'50 pesetas en Farmacias, Droguerías y Depósitos de Específicos.

GASTROL. Nombre registrado en los principales países.  
Premiado en la Exposición Universal de Atenas de 1903  
**DE VENTA EN TODAS PARTES**  
NATALIO MIRET, Farmacéutico.-Verdi, 68.-BARCELONA



= Camisería  
y Corbatería

Boquería - 32  
:: BARCELONA ::

ESPECIALITAT =  
en CAMISES á MIDA  
GRAN BARATURA  
= de PREUS

AGUAS MINERALES NATURALES  
de la  
SOCIEDAD ANÓNIMA  
VICHY CATALÁN

Aguas hipertermales, de temperatura 60°, alcalinas, bicarbonatado-sódicas. Sin rival para el **reumatismo**, la **diabetes** y las afecciones del **estómago**, **hígado**, **bazo**. Estas aguas, de reputación universal, sólo se venden embotelladas y las botellas llevan todos los distintivos con el nombre de la **Sociedad Anónima Vichy Catalán**. Llamamos la atención de los consumidores, y muy particularmente de los enfermos, para que no se dejen sorprender admitiendo como idénticas á nuestras aguas otras **artificiales** que se ofrecen en este mercado con nombres de **fuentes imaginarias** que sólo son marcas de fábrica y **no fuentes de origen**.

DE VENTA EN TODAS PARTES

Administración: RAMBLA de las FLORES-18-ent.º



VIUDA DE  
JOSÉ RIBAS

MOBILIARIOS DE LUJO  
EN ESTILOS CLÁSICOS Y MODERNOS

\*\*\*

INTERIORES COMPLETOS

\*\*\*

SECCIÓN COMERCIAL

MOBILIARIOS  
EXTRAORDINARIAMENTE BARATOS

\*\*\*

METALISTERÍA & LÁMPARAS

\*\*\*

OBJETOS DE ARTE

\*\*\*

PARQUETS PLEGABLES (PATENTADOS)

Despacho: Plaza de Cataluña, 7  
Almacenes y Talleres: Consejo de Ciento, núm. 327

: Cemento Portland Artificial:  
**ASLAND**

Fábrica en Castellar de Nuch y la Pobla de Lillet

Actual producción: 240 toneladas diarias

Sólo una clase - La superior

UNIFORMIDAD Y CONSTANCIA EN LA COMPOSICIÓN

Resistencias sólo comparables á las de los mejores portlands conocidos : Aplicables á todos los usos, especialmente á los que exigen resistencia extraordinaria : Insustituible en obras hidráulicas :

COLOR INMEJORABLE PARA PIEDRA ARTIFICIAL

A igual resistencia admite cuatro veces más arena que los mejores cementos : Fabricación por hornos rotatorios automáticos : Motor hidráulico por tubería forzada de 4,700 metros de largo por 80 centímetros de diámetro, desarrollando 3,000 caballos de fuerza : Combustible procedente de las minas de la Compañía : Laboratorio físico y químico á disposición de los clientes como garantía de la calidad : Análisis constante de las primeras materias y del producto elaborado :

Despacho en BARCELONA: Plaza de Palacio, 15 (Pórticos Xifré)

OBRA NUEVA

Lo que debe saber todo Concejal

por  
D. FERNANDO SANS Y BUIGAS  
Abogado, Secretario del Ayuntamiento de Sarriá, Secretario del Primer Congreso Español de Gobierno municipal,

y  
D. JOSE M.ª TALLADA  
Ingeniero, Profesor de Economía Social en la Escuela Provincial de Artes y Oficios de Barcelona.

Un volumen de 452 páginas, 4'50 pesetas (encuadernado).

PEDIDOS: Centro de Administración Municipal, calle Aduana, 3, entlo.: Principales Librerías y en la Administración de CATALUÑA, Muntaner, 22, bajos.

AGUA MINERO : MEDICINAL  
NATURAL : PURGANTE

**RUBINAT-LLORACH**

Recomendada por las Academias de Medicina de Paris y Barcelona, etc., etc.

DIPLOMAS Y MEDALLAS DE ORO

PURGANTE SIN RIVAL EN EL MUNDO

Combate eficazmente la constipación pertinaz del vientre, infartos crónicos del hígado y bazo, obstrucciones viscerales, desórdenes funcionales del estómago é intestinos, calenturas, depósitos biliosos, calenturas tifoideas, congestiones cerebrales, afecciones herpéticas, fiebre amarilla, escrófulas, obesidad (gordura); NO EXIGE REGIMEN NINGUNO.—Como garantía de legitimidad, exigir siempre en cada frasco la firma y rúbrica del **Dr. Llorach**, con el escudo encarnado y etiqueta amarilla. Desconfiar de imitaciones y sustituciones.

— VÉNDESE EN FARMACIAS, DROGUERÍAS Y DEPÓSITOS DE AGUAS MINERALES —

Administración: Calle Cortes, 648 - BARCELONA

Nadie debe estar en su casa sin una botella de agua Rubinat-Llorach